

## EL REGRESO A LA TIERRA NATAL: PEÑAS ARRIBA DENTRO DE UNA TRADICION EUROPEA

Los temas conocidos de la vuelta a la tierra natal y la vuelta a la naturaleza surgen en la literatura europea de los siglos XIX y XX con una regularidad persistente que desmiente de las variaciones idiosincráticas sobre los temas. Si bien la novela de fines del siglo XVIII o principios del XIX, al tratar de tales temas, eligió a menudo pintar a salvajes nobles, a protagonistas europeos que buscaban ideales utópicos en medio de una naturaleza lozana y peligrosa, a mediados del siglo XIX empezó a hacerse sentir en la novela la cuestión o conflicto de ciudad y aldea; y surgió como indicativo exacto de ciertas ideas y preocupaciones sociales. Así es que encontramos que los temas de la vuelta al país natal y la vuelta a la naturaleza se dan más temprano en forma novelística en los países donde tuvo su influencia más temprano la revolución industrial,<sup>1</sup> produciéndose a veces un intervalo de 40 ó 50 años entre un país y otro.

Es también de notar como rasgo fundamental que se verificaron uno tras otro varios movimientos u oleadas en el desarrollo del tema de la vuelta a la naturaleza en la novela: entre 1840 y 1900 lo utilizan Gotthelf, Júlio Dinis, Hardy, Pe-

---

<sup>1</sup> Raymond Williams, *The Country and City*, Chatto & Windus, 1973, pp. 207-208.

reda y Eça de Queiroz; entre 1900 y 1935 Ramuz, Mary Webb, Hamsun, Giono, y algunos más. En algunos casos no se trata sino de una sola novela consagrada al tema —*Ana Karenina* de Tolstoi, *A Cidade e as Serras* de Eça de Queiroz y *A Morgadinha dos Canaviais* de Júlio Dinis—, pero en otros casos el tema penetra toda o casi toda la obra del novelista, como ocurre con Giono, Mary Webb, Pereda, Ramuz y Hardy. Siendo así vemos una distinción esencial entre novelas aisladas que tratan el tema y novelas que representan el tratamiento del tema a lo largo de la obra, distinción principalmente entre la línea central en la evolución de la novela y la línea «regional». Sin embargo, hay otra distinción subyacente, entre novelas que no hacen sino recomendar la «aldea» frente a la ciudad y novelas que penetran más hondo en la cuestión social y que proponen una nueva estructura social. En la primera categoría habrían de figurar Mary Webb, Ramuz y otros por el estilo, al paso que en la segunda estarían Tolstoi, con *Ana Karenina* y Pereda con *Peñas arriba*. La novela de Tomás Hardy, *La vuelta a la tierra natal* (*The Return of the Native*) cae entre las dos tendencias, puesto que el protagonista no ofrece una solución social colectiva sino una solución individual.

Dentro de este marco general y aceptando de momento las distinciones que acabo de señalar muy someramente, limitaremos el campo de nuestra investigación a tres novelas para así demostrar más claramente ciertas tendencias específicas de los temas de la vuelta a la tierra natal y la vuelta a la naturaleza en la novela europea del último cuarto del siglo XIX. Las novelas han sido escogidas como las contribuciones más significantes al tema en el período indicado. Son: Tolstoi, *Ana Karenina* (escrito 1875-76 y publicado en 1878), Hardy, *La vuelta a la tierra natal* (1878) y Pereda, *Peñas arriba* (1895).<sup>2</sup> Se-

---

<sup>2</sup> Señaló José María de Cossío hace años ya la semejanza entre *Peñas arriba* y dos novelas portuguesas, *A Morgadinha dos Canaviais* de Júlio Dinis, y *A Cidade y as Serras* de Eça de Queiroz. Ver Cossío, *La obra literaria de Pereda*, en *Estudios sobre escritores montañeses*, 3 vols., Diputación Provincial de Santander, 1973, vol. III, pp. 264-278.

paradas solamente por unos veinte años estas tres novelas expresan una preocupación que es muy de su tiempo.

Parece haber poca probabilidad de influencia de una novela sobre otra, aunque sí que pudo haber influencia leve de un escritor sobre otro. Pereda, a diferencia de Galdós, no parece haber leído a Tolstoi, ni esta novela ni otra, a lo que hemos podido averiguar, a pesar de las rápidas reimpresiones de la traducción al francés de *Ana Karenina* (son siete las reimpresiones entre 1885, cuando se publicó por primera vez en francés, y 1894). Tampoco encontramos indicio de que Pereda hubiese podido leer la novela de Hardy puesto que las traducciones al francés de *The Return of the Native* son todas del siglo XX, y no existe todavía una traducción al español. Se trata pues de tres modos separados de manejar en forma novelística los temas de la vuelta a la naturaleza y la vuelta al país natal, vinculados no obstante por una mutua preocupación social, un problema y una solución, y también unidos por lo cercano de su publicación y por su función de reacción individual ante una cuestión candente del día.

Entre las tres novelas seleccionadas, *Peñas arriba*, a pesar de su acogida fervorosa, es inferior a las otras en cuanto novela y también como tratamiento del tema que nos interesa. Por otra parte, es sin duda la novela más representativa de la península ibérica entre los que han tratado el tema, y es de esperar que el experimento de colocarla brevemente al lado de *Ana Karenina* y *La vuelta a la tierra natal* nos depare unas perspectivas nuevas sobre el asunto.

Entre los escritos tempranos de Tolstoi, y siendo la primera novela extensa aparte de *Guerra y Paz*, *Ana Karenina* ha provocado una reacción crítica ricamente matizada.<sup>3</sup>

---

Del mismo autor, «Vocación del campo (Júlio Dinis, Eça de Queiroz y Pereda)», *La Revista de Santander*, 1930, vol. II, pp. 201-207. (Se reimprime también en *Estudios sobre escritores montañeses*, cit., vol. III, pp. 357-363).

<sup>3</sup> Basta recordar aquí algunos de los estudios principales: John Bayley, *Tolstoy and the Novel*, Chatto & Windus, 1966, pp. 199-233; E. J. Simmons, *An Introduction to Tolstoy's Writings*, University of Chi-

Al enfocar un solo aspecto de esta novela quizás sería apropiado reconocer que la crítica no se ha mostrado unánime respecto a lo que forma el interés central de la novela.<sup>4</sup> Es un lugar común de la crítica decir que *Ana Karenina* puede considerarse como dos novelas o dos historias fundidas en una. Tenemos, por un lado, la trama Ana Vronski, entretejida con las intrigas secundarias que tienen que ver con los Oblonski y con el marido y el hijo de Ana. Por otro lado tenemos la trama de Levin, que le presenta en contacto con Ana, Kitty, los Oblonski y la alta sociedad de Moscú y San Petersburgo, y que en cambio nos lo presenta llevando una vida totalmente dissociada de ésta, vida que constituye la otra trama de la novela y en la cual el propio Tolstoi parece haberse interesado más vivamente. Esta segunda trama es la que nos concierne aquí.

Levin se asemeja mucho al propio Tolstoi. La satisfacción lograda por Levin en el esfuerzo físico y en supervisar la administración de su hacienda representa los sentimientos de Tolstoi en tales actividades. Levin es un inocente, desmañado y absurdo en el medio ambiente social sofisticado donde le vemos al principio de la novela. Su vida amorosa nos interesa al comienzo, pero más tarde es su actitud para con los campesinos, los proyectos que tiene para una economía agrícola que se base en una igualdad o más igualdad entre propietario y campesino, lo que fascina al lector. Tolstoi, como terrateniente con los problemas intrínsecos de la aristocracia rural en Rusia en el último tercio de siglo XIX, se ha ideado un nuevo acercamiento a las dificultades de la economía rural

---

cago Press, 1968, pp. 83-93; Lionel Trilling, «Anna Karenina», en *The Opposing Self*, Secker & Warburg, 1955; R. F. Christian, *Tolstoy, A Critical Introduction*, Cambridge University Press, 1969; F. R. Leavis, *Anna Karenina and Other Essays*, Chatto & Windus, 1967; Barbara Hardy, *The Appropriate Form: An Essay on the Novel*, Athlone Press, 1964.

<sup>4</sup> Ver entre otros: Matthew Arnold, «Count Leo Tolstoy», *Essays in Criticism*, 2a serie, 1888, antologizado en *Leo Tolstoy. A Critical Anthology*, edición de Henry Gifford, Penguin Books, 1971, pp. 62-63; Derrick Leon, *Tolstoy. His Life and Work*, Routledge, 1944, p. 288; Bayley, *Tolstoy and the Novel*, cit., pp. 201, 203, 216.

y las relaciones entre el dueño y los labradores, y nos comunica sus ideas por medio de Levin. A Levin le vemos de caza o manejando la guadaña para segar el prado (en este punto es difícil no pensar en la siega del Prao Concejo en *Peñas arriba*); le vemos absorto en los problemas de su hacienda, y más preocupado por el bienestar de los campesinos que labran sus tierras que por la practicabilidad económica de sus proyectos. Pero, del inocente bondadoso de los primeros capítulos Levin pasa a despabilarse algo en asuntos agrícolas. Se da cuenta cada vez más, por ejemplo, de las deficiencias en su hacienda ocasionadas por la maña y poca escrupulosidad de su capataz, y demuestra que sabe bien, como Tolstoi, que el problema no tiene solución satisfactoria.

Es sobre todo porque Levin se nos presenta «vivo» en los primeros capítulos, en sus relaciones con Kitty, mucho antes del momento de encontrarle en su hacienda, por lo que los proyectos de economía agrícola de Levin/Tolstoi se nos hacen creíbles desde el punto de vista novelesco. Si la idea de Levin y su mundo rural fue una ocurrencia tardía de Tolstoi, una adición, como sugiere John Bayley,<sup>5</sup> para facilitar su «escape del hecho de la novela», es también Levin el que «libera la novela de sí misma. Es por Levin que nos escapamos de la novela a la vida misma».<sup>6</sup> Las ideas del propio Tolstoi sobre economía agrícola y las relaciones entre propietario y labradores se hacen soportables para el lector medio en la medida de la credibilidad de Levin como personaje que trabaja con estas ideas en la novela al buscar una vida y una filosofía satisfactorias. Semejantes ideas sin un Levin que las incorporase a la vida real, interpretándolas para el lector como momentos vividos, habrían sido tan incongruas, novelísticamente, como los últimos capítulos de *Guerra y Paz*.

El hilo Levin de *Ana Karenina*, su lucha por un lado con los problemas sociales y agrícolas, y por otro lado con sus

---

<sup>5</sup> *Tolstoy and the Novel*, p. 203.

<sup>6</sup> L. c.

propios problemas espirituales, está tan densamente tejida y tan matizada de textura como tales elementos en la vida del autor. Hacer constar en seguida que estos dos grupos de problemas son, en realidad, uno solo ayudará algo nuestro esquema. Como apunta el hijo de Tolstoi:

No cabe duda de que el cambio de actitud de Levin frente a la vida se deriva del cambio mental y espiritual en mi padre... Se esforzaba por ser buen ortodoxo y cumplir con el rito de la Iglesia, y lo hacía sobre todo porque deseaba vincularse a los campesinos por la fe, puesto que siempre le acongojaba el abismo espiritual que existía entre los dos.<sup>7</sup>

Las preocupaciones de Levin están expresadas al principio de su desilusión con la frivolidad hueca de la alta sociedad de Moscú: «En su corazón Levin despreciaba la vida de ciudad de su amigo y sus deberes oficiales, burlándose de ellos y dándoles poca importancia».<sup>8</sup> Enjuicia su propio papel a la vista de otros como sigue:

Pero él (sabía muy bien como debía de parecer a los otros) era un señor rural, ocupado con la ganadería, la caza y la construcción de graneros; en otros términos, un hombre sin talento que no había salido bien y que hacía en la vida precisamente, según la opinión de todo el mundo, lo que se hace por gentes que no son capaces de hacer otra cosa.<sup>9</sup>

En cierto sentido, no obstante, su amor al esfuerzo físico, la siega del prado, sus relaciones con los labradores, el entusiasmo que tiene por su proyectado libro sobre economía agrícola y la actitud del propietario hacia los campesinos, todo esto no es sino la manifestación externa de una preocupación más arraigada, y, en el fondo, de tipo espiritual más bien que agrícola.

---

<sup>7</sup> Sergei Tolstoi, *Tolstoy Remembered by his Son*, Weidenfeld & Nicholson, 1961, pp. 30-31.

<sup>8</sup> *Ana Karenina*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. V (traducción mía).

<sup>9</sup> *Ana Karenina*, parte 1.<sup>a</sup>, cap. V.

Levin comprende claramente la superficialidad de la vida en las grandes ciudades, pero la ecuación ciudad=frivolidad, descontentamiento y aldea=paz, contento, que tan fácilmente se desprende del libro, llega a complicarse por dos factores: su amor por Kitty Scherbatskaya, producto de esta sociedad urbana detestable; el que los campesinos que debían encarnar la mentada existencia idílica distan mucho de ser felices. Por consiguiente los problemas espirituales de Levin pueden identificarse con el tipo de vida y la felicidad que anhela para sus labradores. Su búsqueda de un ideal se asemeja mucho a la de Pierre en *Guerra y Paz*: la verdad final y sencilla no le viene de libros ni de sistemas filosóficos sino de la fe y la sabiduría acumuladas de los campesinos. No puede tratarse de una coincidencia el que en cada caso el hombre que revela la verdad a Pierre y a Levin se llama Platón. Y, sin embargo, no es tan importante la percepción de esta verdad última como las etapas que la han posibilitado. Como observa atinadamente Chekov: «En *Ana Karenina* y *Eugenia Onegin* no se resuelve ni un problema, pero nos convencemos plenamente porque todos los problemas están correctamente planteados».<sup>10</sup>

Hemos visto que Levin está convencido de la superioridad de la aldea sobre la ciudad, pero le hace falta reforzar la convicción a intervalos mediante largas meditaciones. No es meramente cuestión de que la vida del campo sea más sana y más saludable, sino que se trata de una vuelta simbólica a un estado de inocencia natural. El libertinaje de Tolstoi en su juventud podía borrarse y hasta expiarse, según pensaba, por un regreso arrepentido a una vida saludable e idílica. Pero este anhelo rousseauniano parte de una premisa falsa, como ha demostrado Dostoyevski en su *Diario de un escritor*:

...los hombres como Levin, no importa el tiempo que vivan entre y en contacto con el pueblo, nunca podrán llegar a ser 'pueblo'. Además, en muchos sentidos nunca llegarán a com-

---

<sup>10</sup> Carta a Alexei Suvorin, 27 octubre 1888. Puede verse en Chekov, lección de Lois S. Friedland, Dover Publications Inc., 1966, p. 60 (la edición original es de 1924).

prender al pueblo. La presunción o la voluntad... no bastan para que uno se haga 'pueblo'. Que sea un terrateniente, un terrateniente muy conciencizado; que esté familiarizado con la vida de los campesinos; que sepa segar y ayuntar los caballos a un carro; que sepa que se sirven los pepinos frescos con miel. Así y todo, por mucho que se esfuerce, quedará en su ser algo que podría calificarse como *deambulación*, aquella deambulación física y espiritual que, por mucho que la niegue, le viene de herencia, y que, naturalmente, el pueblo reconoce en todo hidalgo, puesto que, afortunadamente, no ven las cosas con nuestros ojos.<sup>11</sup>

Y sin embargo no tiene importancia en verdad que Levin no pudo ser como los campesinos. No hay la más leve sugestión en el texto de que Levin pensaba en efecto que éstos podrían aceptarle como uno de ellos. Lo importante para Levin es que al llegar a comprender más completamente a los campesinos y al compartir sus faenas establezca unas relaciones más abiertas y más íntimas entre dueño y labrador y que evite algunas de las injusticias en este trato. El hecho de que Tolstoi apunta cuidadosamente cómo los labradores se ríen de Levin al enfrentarse éste con sus tareas demuestra plenamente que Tolstoi se da cuenta de que ni él ni Levin podían aspirar a vivir la vida auténtica de un campesino. Pero evidentemente se trata, aun en un momento temprano de la novela, de un ansia espiritual que subyace al deseo de igualdad y de esfuerzo físico.

El desarrollo de esta crisis espiritual se ha emparentado a menudo en la crítica con la situación de Pierre en *Guerra y Paz*. Pierre prueba la solución de la sociedad en general y la encuentra defectuosa; a Levin no le hace falta pasar por esta fase, pero su búsqueda de satisfacción y con-

---

<sup>11</sup> *Leo Tolstoy* (Penguin Critical Anthologies), selección de Henry Gifford, 1971, p. 52. Ver también en la misma antología Philip Rahv, «Tolstoy: the Green Twig and the Blanck Trunk», pp. 222-236, y sobre todo p. 231. Sobre Rousseau y Tolstoi en general, y teniendo en cuenta la declaración de Tolstoi («De Rousseau he leído todo...») ver M. I. Markovitch, *Rousseau et Tolstoi*, Librairie Ancienne Honoré Champion, 1928.

tento, su esfuerzo por cumplir vitalmente y sondear la razón de ser de la vida, son fundamentalmente los anhelos de Pierre. Observa Merezhkovsky que «Levin no experimentaba duda religiosa alguna que hubiera sido incomprensible para Pierre»,<sup>12</sup> y es precisamente por su trayectoria de duda, crisis espiritual y depuración, análoga a la de Tolstoi/Pierre, por lo que Levin puede erigirse con razón como juez o árbitro. De todos los personajes de la novela es la opinión de *Levin* sobre Ana la que tiene más importancia para el lector, y es de notar que Levin, ya antes de que los sentimientos de Kitty sobre el asunto pudiesen influirle, compadece con el dilema de Ana, como apunta Simmons.<sup>13</sup> En cambio, el papel que hace como árbitro moral no estorba en absoluto la presentación concurrente del dilema espiritual de Levin. Pero la transición de Levin resulta sobremanera estrecha e inactiva, una transición de conocimiento de la estructura y la finalidad de la vida más bien que una transición larga de cortesano hastiado a patriarca rural como en el caso de Marcelo en *Peñas arriba*. Levin, al pedalear frenéticamente, permanece en el mismo sitio pero alcanza una nueva conciencia de su situación respecto a la estructura vital:

Este nuevo sentimiento no me ha cambiado, no me ha hecho feliz ni me ha iluminado así de golpe, como lo había soñado... Y tampoco me sorprendió que fuese así. No sé si es fe u otra cosa, pero este sentimiento se ha apoderado de mí con la misma imperceptibilidad por medio del dolor y se ha arraigado en mi alma.<sup>14</sup>

---

<sup>12</sup> Traduzco aquí una cita de R. F. Christan, *Tolstoy's 'War and Peace'*, Oxford, 1962, p. 139.

<sup>13</sup> Simmons, op. cit., p. 87. Bayley considera que el papel de Levin como árbitro tiene implicaciones más anchas. «No obstante es la función de Levin como árbitro inconsciente, en cuya actitud ya se ven soluciones esquemáticas, lo que parece perjudicar las posibilidades de la novela más que el uso que hace Tolstoi del método escénico». *Tolstoy and the Novel*, p. 216.

<sup>14</sup> *Ana Karenina*, parte 8.<sup>a</sup>, cap. XIX.

Levin recorre una etapa en la que reconoce la realidad dura de la muerte, y esto le ayuda a apreciar debidamente las cosas; pero logra una serenidad al final sobre todo porque está dispuesto a creer en el valor sencillo de la vida de Platón Fokanitch y las prioridades que éste ha establecido, más que porque la fe de Platón se transfiera a él como revelación súbita e incontestable. La «deambulación» que creyó percibir Dostoyevski; ha desaparecido, por lo menos en la intención

El tema de la vuelta a la naturaleza, propiamente dicho, parece enfocar en dos aspectos de la vida rural. Primero, el entusiasmo que siente Levin por las actividades campestres, que le lleva a participar en las labores de los campesinos, y en segundo lugar su deseo de mejorar la vida del campesino y así reformar el sistema agrícola en Rusia. Hasta aquí el Levin primerizo. En el curso de la novela estos ideales se funden con su búsqueda espiritual, y la felicidad serena que alcanza al fin de la novela no es, o no es predominantemente, la del que vuelve, ansioso de tranquilidad, a la naturaleza o a la tierra natal, sino más bien la del hombre espiritualmente satisfecho que ha intuído o vislumbrado lo que él cree que es la verdad intrínseca de las relaciones humanas, la estructura social y una armonía alcanzable en cualquier ambiente y no sólo entre el idilio rural.

Al trazar este desarrollo espiritual Tolstoi presenta al lector capítulos de arada, siega y caza que hubieran podido caer en la trampa del costumbrismo pero resulta que están concebidos sobre todo novelísticamente y que hacen un papel importante en el conflicto experimentado por Levin. Por un lado tenemos el juicio de Lenin que Tolstoi maneja las escenas campestres y los labradores con auténtico realismo: «Y sabe Vd. lo que es más sorprendente» (escribe a Máximo Gorky) «antes de presentarse este Conde no había un campesino auténtico en toda la literatura rusa».<sup>15</sup> Al paso que un crítico tan agudo como Edmund Gosse declara rotundamente que «Hay alguna que otra escena campesina en *Ana Karenina* en

---

<sup>15</sup> Leo Tolstoy, ed. cit., p. 129.

la que el autor parece haberse dormido y sigue escribiendo automáticamente». <sup>16</sup> Tanto la una como la otra declaración parece haber desatendido el hecho de que en su celebración de actividades campestres y en su busca de un ideal común para propietario y labrador Tolstoy está enmarañando el asunto deliberadamente, apartando nuestra atención de su propósito trascendente, a saber, «un principio aclaratorio universal; es decir, la percepción de relaciones u orígenes comunes, o una finalidad o unidad determinadas en la variedad aparente de los trastos mutuamente exclusivos que componían el mobiliario del mundo». <sup>17</sup> Pocos lectores discutirán la existencia de ciertas verdades fundamentales, «intraverdades», bajo la capa de creencias e ideales que ofrece superficialmente la novela. Si Levin «a veces cansa al lector con sus indagaciones malhumoradas tras la certidumbre», <sup>18</sup> también es verdad que explora y sondea de parte del lector, así como de parte de Tolstoi: «Siempre existe en el centro del libro un Olenin, un Pierre o un Levin que recoge para sí toda experiencia, hace girar el mundo entre sus dedos y nunca se cansa de preguntar, hasta en el momento de máxima fruición, qué es lo que significa y cuáles deberían ser nuestros fines». <sup>19</sup>

Pero si bien el carácter de Levin consiste en parte en una busca de soluciones ideológicas es también una reversión a un tiempo de sueño idílico de los albores del mundo cuando el hombre disfrutaba una afinidad mucho más próxima a la madre naturaleza. Los sentimientos de Levin hacia la tierra, la guadaña, la caza, el gozo de crear y criar, todo esto también penetra la tesis de Tolstoi. «Al aprender a reverenciar todo lo que vive aprende Levin algo mucho más profundo que la

---

<sup>16</sup> *Critical Kit-kats*, 1896. Citado en *Leo Tolstoy*, p. 129.

<sup>17</sup> Isaiah Berlin, *The Hedgehog and the Fox*, Weidenfeld & Nicolson, 1953, pp. 36-37. Citado en *Leo Tolstoy*, ed. cit., pp. 255-256.

<sup>18</sup> Henry Gifford, «Further Notes on *Anna Karenina*», *Critical Quarterly*, vol. 2, núm. 2, 1960. Citado en *Leo Tolstoy*, p. 314.

<sup>19</sup> Virginia Woolf, «The Russian Point of View» (1925), *Collected Essays*, 1966, vol. I,

respetabilidad o el honor».<sup>20</sup> Lejos de ser «filosofía inmoderada y estrafalaria de parte de Tolstoi»<sup>21</sup> el hilo Levin de *Ana Karenina* constituye una exploración dramática bien organizada de la conciencia moderna,<sup>22</sup> y es desde este punto de vista precisamente que la novela ofrece un paralelo interesante con la historia de Clym Yeobright en *La vuelta a la tierra natal* y la historia de Marcelo en *Peñas arriba*.

*La vuelta a la tierra natal* (*The Return of the Native*) es la única de las tres novelas que estudiamos que declara el tema del progreso explícitamente, pero bajo varios conceptos es la novela en la que importa menos el regreso a la tierra natal y a la naturaleza en cuanto tesis. Para el lector medio el celo pedagógico y evangélico de Clym Yeobright, el protagonista, parecerá poca cosa al lado del triángulo Clym/Eustacia/Wildeve, y estos dos elementos a su vez habrán de quedar dominados por el brezal adusto, «Egdon Heath». La tesis se atenúa como consecuencia de una mitificación romántica de paisaje, tiempo y folklore y también como efecto de una historia viva bien contada.

Clym vuelve a su patria chica, el brezal de Egdon, del mismo París que será para su futura amada y esposa como el imán de sus ambiciones, y vuelve con pocos fines determinados, quedando desilusionado de la capital francesa y su comercio de joyero que no llena sus vagos anhelos espirituales.

---

<sup>20</sup> P. Raymond Williams, «Lawrence and Tolstoy», *Critical Quarterly*, vol. 2, núm. 1, 1960. Citado en *Leo Tolstoy*, p. 310.

<sup>21</sup> Mantiene J. P. Stern que «las dos tramas crean una unidad orgánica y la historia de Levin dista mucho de ser lo que algunos críticos superiores han llamado filosofía inmoderada y estrafalaria de parte de Tolstoi. «*Effi Briest*; *Madame Bovary*; *Anna Karenina*», *Modern Language Review*, vol. 52, 1957.

<sup>22</sup> Al considerar este aspecto (la expresión de la conciencia moderna) no estaría de más tomar en cuenta la observación de Renato Poggioli que «Tolstoi vivió en una cultura formada en parte de ideas rousseauianas y románticas, y por esto se inclinaba a tomar el partido del individuo en su lucha con el cuerpo político». Citado en Gifford, *Leo Tolstoy*, p. 279. Ver también F. R. Leavis, *Anna Karenina and other Essays*, Chatto & Windus, 1967, p. 353.

Una medida de la importancia subida del escenario y la tradición rural en esta novela comparada con las otras dos está indicada por el hecho de que Clym no entra en la narración hasta el comienzo del libro segundo. Esta introducción aplazada tiene, naturalmente, una función dramática. Todos los elementos expuestos anteriormente —la relación entre Eustacia y Wildeve, entre Tomasina y Wildeve, la presencia abrumadora del brezal— serán modificados al hacer contacto con Clym. Y es su busca tenaz de un ideal que abarca la naturaleza, una vida sencilla, la inocencia primitiva, lo que acarrea un fin trágico e infeliz para cuantos ama. Con un simbolismo romántico algo opresivo Hardy arregla las cosas para que los personajes que son ajenos al brezal y lo que éste representa mueran trágicamente, al paso que los que misteriosamente forman parte del brezal viven felices.<sup>23</sup> Y sin embargo la relación que tiene Clym con el brezal es ambivalente. Aunque convencido de la validez de sus pláticas con la naturaleza Clym nunca llega a identificarse con esta extensión de tierra tan íntimamente como Diggory Venn. En efecto J. I. M. Stewart sostiene que Clym, el indígena regresado que aspira a volver a la naturaleza también, fracasa simbólicamente precisamente porque no comprende el brezal, porque su espíritu es ajeno a él:

Clym Yeobright vuelve bajo la influencia del medio ambiente pero la desatiende... Y resulta que no entra plenamente en su vida y sus circunstancias y no comprende cómo la influencia que tiene el brezal sobre otros también trabaja implacablemente para elaborar su propio destino. Los dos se ven vendidos por Egdon.<sup>24</sup>

Cuando Clym entra en la narrativa ya se le ha presentado antes, en las palabras de los campesinos, como «un buen chi-

---

<sup>23</sup> Ver J. I. M. Stewart, *Thomas Hardy*, Allen Lane, The Penguin Press, 1971, p. 92. Originariamente ideó Hardy otro fin para Venn y Tomasina.

<sup>24</sup> *Eight Modern Writers*, Oxford University Press, 1973. p. 30. Me parece esto una interpretación bastante perversa de la materia que nos ofrece Hardy. El estudio más reciente de Stewart sobre Hardy, *Thomas*

co», «gerente de ventas de un joyero», «hombre estudioso que tiene unas ideas muy extrañas». Eustacia oye rumorearse que Clym iba a permanecer poco tiempo en Egdon, al paso que Fairways, uno de los campesinos, concluye que los baúles pesados que Clym había traído desde París son prueba bastante de su intención de pasar allí un buen rato. En efecto, Hardy ofrece al lector una sección representativa de opiniones opuestas que quizás expliquen por un lado la ambigüedad de su enfoque y por otro lado el desacuerdo en la crítica respecto a Clym y la tesis de Hardy. Es cierto que la declaración de Walter Allen que Clym «...regresa a su tierra para servir a sus prójimos como maestro y predicador»<sup>25</sup> peca de inexacta por cuanto no puede aplicarse a las intenciones de Clym antes de su partida de París, pero sí que expresa exactamente sus pensamientos una vez llegado a Egdon:

He vuelto a casa porque, considerándolo bien, puedo hacerme un poco menos inútil aquí que en otra parte. Pero sólo me di cuenta de esto recientemente. ...Luego percibí que mis negocios de joyero eran de lo más vano, afeminado y ocioso a que podía dedicarse un hombre. Esto me decidió: lo abandonaría todo y trataría de seguir alguna ocupación racional entre las gentes que mejor conocía y a quienes podría ser más útil. He vuelto a casa, y hé aquí cómo pienso poner en práctica mi proyecto. Estableceré una escuela lo más cerca de Egdon posible a fin de que pueda andar hasta aquí y dar nocturnos en casa de mi madre. Pero primero he de estudiar para habilitarme para el caso.<sup>26</sup>

La índole idealista de los propósitos de Clym no deja de notarse por los campesinos, recordando la reacción de los labradores en *Ana Karenina* hacia los esfuerzos físicos de Levin, y observa un viejo sabio que los proyectos de Clym «demuestran su buena voluntad ...pero por mi parte creo que

---

*Hardy*, que acabamos de citar, no desarrolla este argumento. Más acertado es el comentario de Walter Allen, en *The English Novel*, Phoenix House Ltd., 1954, p. 139.

<sup>25</sup> *The English Novel*, cit., p. 235.

<sup>26</sup> *The Return of the Native*, libro 3, cap. I (traducción mía).

no debería meterse donde no le llaman». Insinúa Hardy aquí y con otras indirectas que los ideales de Clym se oponen a lo que intuyen por instinto los campesinos, como también las ideas y las actividades de Levin van en contra de lo que ven sus labradores como natural y lógico.

Se ha observado que todos los personajes principales se relacionan uno con otro y se sitúan en la novela según la actitud que adoptan con respecto a la cuestión de ciudad y aldea;<sup>27</sup> hasta la posición levemente artificial de la Sra. Yeobright está captada sutilmente. Por lo que concierne a Clym, a pesar de la ambigüedad indicada, se le ha definido como «el representante más directo del impulso más fuerte del novelista en su forma más sencilla: la vuelta de la ciudad al campo y el rechazamiento de la vida urbana».<sup>28</sup> Esto no obstante, Clym queda excluido de la naturaleza una vez hecho el regreso simbólico; su entrada tardía en la novela le convierte en «forastero» novelísticamente en doble sentido. Los rústicos le ven desde el principio, en su chismorreo intencionado, como un hombre apartado de ellos y de su vida, así como Levin, por su nacimiento, está marcado como distinto de sus labradores. Hardy mantiene la ambivalencia del personaje, sin embargo, con frases como: «Clym se había entretejido tan íntimamente con el brezal en su mocedad que casi nadie llegaba a contemplarlo sin pensar en él». Había sido el «mozo ascético y hurraño criado en el brezal», y le vemos más tarde entre las plantas silvestres y las criaturas del brezal, tratando de captar de nuevo la inocencia y el arrobamiento de su juventud:

Era Clym quien mejor conocía el brezal. Estaba impregnado de sus escenas, sus olores y su esencia. Podía decirse que era su producto... Reunid todas las antipatías variadas que sentía Eustacia hacia el brezal, convertídlas en aficiones, y allí tenéis el alma y el ser de Clym.<sup>29</sup>

---

<sup>27</sup> Douglas Brown, *Thomas Hardy*, Longmans, 1961, 2.<sup>a</sup> ed. pp. 58-59.

<sup>28</sup> Brown, o. c., p. 59.

<sup>29</sup> *La vuelta a la tierra natal*, libro 3 cap. III.

Pero Clym no puede volver a integrarse con el brezal, como apunta Walter Allen;<sup>30</sup> no puede formar parte de su vida instintiva ni le cabe participar en el paganismo o en el orgullo de vivir que disfrutaban ritualmente los Cantle, Fairways, Diggory Venn, y en cierto modo Tomasina, a quien Venn le comunica parte de su misterioso poder protector. Y paradójicamente es precisamente la conciencia y el conocimiento íntimo que tiene Clym de la naturaleza, de su belleza y su variedad, su crueldad y su inocencia, lo que le impide hacerse uno con ella. Ya había señalado Hardy esta posibilidad desde su primera descripción de Clym:

Una energía interna se alimentaba de su simetría externa... tenía la fisonomía incrustada de significados legibles... ya demostraba plenamente que el pensamiento es una enfermedad corporal... Una luminosidad mental tiene que nutrirse del aceite de la vida, aunque exista ya una llama física que depende de él; y ahora se hacía patente en el rostro de Clym, que daba lástima, que su aceite vital nutría dos llamas.<sup>31</sup>

La energía interna de Clym le impulsa hacia una vida sencilla en el brezal, a hacerse útil a sus prójimos, pero su inteligencia, su experiencia y su percepción del propio brezal impiden que consiga semejantes ideales.

Todo esto nos lleva a una descripción de Clym que es de importancia fundamental para una justa apreciación de su carácter y su motivación, y que además habrá de facilitar nuestra comprensión de cómo trata Hardy los temas de la vuelta a la naturaleza y la vuelta a la tierra natal:

Yeobright amaba a sus prójimos. Estaba convencido de que la mayoría de los hombres buscaban y ansiaban los conocimientos que aportaban sabiduría más bien que riqueza. Deseaba elevar la clase a expensas del individuo antes que hacer subir el individuo a costa de la clase. Y es más, se ofrecía él mismo y en seguida para ser el primero en sacrificarse...

---

<sup>30</sup> *The English Novel*, ed. cit., p. 239.

<sup>31</sup> *La vuelta a la tierra natal*, libro 2, cap. VI.

Al pasar desde la vida bucólica a la intelectual suelen ser dos, por lo menos, las etapas intermedias, y muchas veces son más; y es casi seguro que una de estas etapas habría de ser el progreso mundano. Apenas nos cabe imaginar una placidez bucólica que evolucione en propósitos intelectuales sin pensar en fines sociales como la fase transicional. La particularidad local de Yeobright era que en su intelectualidad sería todavía seguía adhiriéndose a una vida sin lujo, y más aun, a una vida salvaje y pobre bajo muchos conceptos, entre labriegos y payasos.

Era un San Juan Bautista que predicaba sobre el ennoblecimiento antes bien que sobre el arrepentimiento. Mentalmente vivía en un futuro provincial, es decir que en muchos puntos llegaba a la altura de los pensadores ciudadanos de su tiempo. Bien podía deberse esta intelectualidad avanzada a su vida estudiosa en París, donde se había familiarizado con sistemas éticos que entonces gozaban de popularidad.

A consecuencia de esta situación relativamente progresiva podía calificarse a Yeobright de desafortunado. *El mundo rural todavía no estaba en condición para acogerle*. Un hombre no debe anticipar el pensamiento de su tiempo sino por muy poco: ir del todo a la vanguardia en cuanto a las aspiraciones es funesto para la fama personal.<sup>32</sup>

Sobre este pasaje ha comentado agudamente y por extenso Raymond Williams, y sus conclusiones tienen una aplicabilidad especial a nuestro tema y a los paralelos que buscamos establecer:

Esto no es aldea contra ciudad ni la tradición contra la inteligencia consciente. Es el proceso histórico más complicado y más urgente en el que la educación depende del adelantamiento social, dentro de una sociedad estructurada en clases, de modo que es difícil, si no es por una bizarra demostración personal, atenerse a la vez a la educación y a la solidaridad social ('Deseaba elevar la clase'). Es también el proceso en el que la cultura y la riqueza llegan a reconocerse como fines alternativos, cueste lo que cueste... Las relaciones entre el nómada y el grupo al que pertenecía antes se hacen entonces sumamente complejos: su lealtad le lleva a obrar de un modo que el grupo ve como ajeno e insensato, puesto que los

---

<sup>32</sup> *La vuelta a la tierra natal*, libro 3, cap. II. Subrayado mío.

valores abiertos de éste aprueban el que se relacione la educación con el progreso personal ya alcanzado por su nuevo grupo, pero por esta misma razón no puede él aceptar semejante progreso. Dentro de tales presiones complejas la vuelta del indígena a su tierra natal tiene cierta nulidad inevitable, y las únicas acciones abiertas que puede permitirse parecen meramente perversas. La necesidad de identificarse socialmente con los labriegos resulta en una identificación característicamente negativa al hacerse Yeobright un labriego como ellos y compartiendo sus faenas, así complicando más su empresa originaria: 'La monotonía de su ocupación le tranquilizaba y daba gusto de por sí.' Todo esto lo entiende Hardy y lo maneja hábilmente, pero la presión tiene repercusiones menos abiertas también. Cuando Levin elige la labor física en *Ana Karenina* lo hace movido por algunos de los mismos motivos que Clym, pero en el fondo es una elección de gente más bien que de una naturaleza abstracta, una elección de hombres con quienes trabajar antes que una fuerza natural en donde perderse. Este punto decisivo suele pasar inadvertido en los comentarios acostumbrados del apego de Hardy a la vida campestre, que consideran juntos y sin hacer distinción el brezal y los bosques 'eternos' y los hombres que trabajan en ellos... Es desde esta posición de adhesión y cariño a una naturaleza más allá del hombre, que ha de asimilarse por intuición, como alternativa a la acción social, desde donde Hardy puede solucionar, al parecer, una crisis muy peculiar. El impulso originario humanista ('amaba a sus prójimos') se hace, en este sentido, anti-humano: Los hombres son unas bestias arrastrándose por la vastedad eterna del brezal, exactamente como sugieren la imaginería del brezal y el trabajo de Yeobright de modo tan convincente.<sup>33</sup>

He citado este trozo casi en su totalidad, junto con el pasaje comentado por Williams, porque tanto el texto como la crítica me parecen penetrar hasta lo más esencial de nuestro asunto. Hardy ha hecho mucho más que resucitar la consabida cuestión de ciudad y aldea; se ha hecho cargo de la ne-

---

<sup>33</sup> «Thomas Hardy», *Critical Quarterly*, (invierno de 1964) pp. 341-351. Se publica nuevamente en *Victorian Literature*, ed. de R. O. Preyer, Harper, 1967, pp. 210-224. Williams desarrolla este mismo argumento, ensanchando la perspectiva, en *The Country and the City*, Chatto & Windus, 1973, pp. 201-203.

cesidad de ahondar en las relaciones entre comunidades representativas e individuos. El protagonista, Clym, no puede ser definido justamente desde el punto de vista del componente aldea del conflicto, puesto que Hardy nos enteraría de que existen fuerzas en él que rebasan esta característica. No es por nada que Hardy nos dice que «En el semblante de Yeobright se llegaba a percibir indistintamente la fisonomía típica del porvenir».<sup>34</sup> Clym representa para Hardy la sensibilidad moderna, pero el conflicto entre la parte pedagógica de la cuestión y la vuelta a la naturaleza, según se manifiestan en Clym, forman parte de un concepto mucho más grande, el de toda una comunidad en estado de transición.<sup>35</sup> El fracaso de Clym, un fracaso significativo, no está concebido como por culpa suya sino como la manifestación oscura de fuerzas sociales que siempre existen en el subsuelo de las novelas de Hardy, aunque pocas veces se registren tan insistentemente como en ésta.

La posición crítica de Williams en su comentario parece sugerir que él cree que el retrato que hace Hardy de Clym y su incorporación de la tesis a la novela están plenamente logrados, pero se ha escrito bastante en años recientes sobre la relación entre las ideas de Clym y su carácter, y específicamente se ha preguntado si, a fin de cuentas, Clym es arrollado y destruido por estas ideas, por la tesis, en efecto. Observa un crítico juicioso que «Existe una gran diversidad de opiniones críticas sobre Clym, respecto a si sobrevive a sus principios tolstoianos y arnoldianos o no; su esclavitud al concepto y a la tesis de Hardy me parece más fuerte que su esclavitud a Eustacia o al brezal de Egdon».<sup>36</sup> Es cierto que Clym es amoldado por su misión, más que al revés, pero dentro del marco

<sup>34</sup> *La vuelta a la tierra natal*, libro 3, cap. I. Esta interpretación se repite como contrapunto en el mismo pasaje y en otras descripciones de Clym más tarde.

<sup>35</sup> Se dedica exclusivamente a esta consideración el libro de Myron Williams, *Thomas Hardy and Rural England*, Macmillan, 1972.

<sup>36</sup> Albert J. Guerard, *Thomas Hardy*, New Directions Paperbacks, 1964, p. 69.

de la preocupación principal de Hardy —«la desaparición y la destrucción de la vieja cultura rural»<sup>37</sup>— Clym es también el instrumento que sirve para expresar aquella preocupación en términos puramente humanos, y por tanto novelísticos. Como dice Guerard, «Clym sobrevive a sus principios...», pero le falta poco por quedar ahogado por ellos.

Es distinto el problema de si la tesis permanece intacta o no, y no hemos de abordarlo aquí, aunque sí que podemos señalar que el fin alternativo que Hardy había planeado para la novela, con la desaparición misteriosa de Venn, «el espíritu tutelar de Egdon», subraya la importancia concedida por Hardy a la idea de continuidad y permanencia, pese a los caprichos de los Clym y las Eustacias.

Más vale preguntar ahora cómo son y qué significan los temas de la vuelta a la naturaleza y la vuelta a la tierra natal en esta novela. Clym no llega a convivir verdaderamente con los rústicos, a semejanza de Levin que no alcanza a integrarse a la vida de los labriegos por mucho que comparta sus faenas y sus penas. Podría decirse que es la cuestión de clase social lo que erige la barrera invisible, pero es más bien la experiencia de la vida fuera de la patria chica y la educación. Clym vuelve a su tierra natal y a la naturaleza para buscar dentro de sí mismo la persona que no había podido ser en el medio ambiente de París, pero fracasa a los ojos de la comunidad estrechamente convencional de Egdon puesto que para ellos tanto su matrimonio como sus proyectos pedagógicos se descarrían, y sin embargo, desde el punto de vista del Clym de finales de la novela, el Clym que se hace predicador ambulante, la «vuelta» era sólo el principio de una odisea espiritual e intelectual:

En efecto Yeobright había acertado a encontrar su vocación como predicador ambulante al aire libre y como orador sobre asuntos de moralidad intachable; y desde entonces trabajaba

---

<sup>37</sup> Arnold Kettle, «Hardy the Novelist: a Reconsideration», *The Nineteenth Century Novel. Critical Essays and Documents*, Heinemann Educational Books, 1972, p. 267, y también *passim* pp. 262-273.

incesantemente en ese oficio, hablando no sólo en palabras sencillas para un público rústico en las laderas de Rainbarrow y en las aldeas circundantes, sino también más cultamente en otros sitios... Evitaba los credos y todo sistema filosófico, ya que encontraba bastante y más que bastante para sus discursos en las opiniones y las acciones que son generalmente comunes entre los hombres buenos. Algunos creían en lo que pronunciaba, y otros no; algunos decían que sus palabras eran cosa muy corriente, y otros se quejaban de su falta de doctrina teológica; y aun había otros que comentaban que no era nada malo que un hombre cobrase afición a la predicación, y sobre todo si no tenía talento para otra cosa. Pero por todas partes se le acogía bondadosamente pues se había difundido entre estas gentes la historia de su vida.<sup>38</sup>

Con anterioridad a este pasaje Hardy había aludido a «una serie de discursos morales o sea Sermón de la Montaña», y a la edad de Clym, «que todavía no había cumplido treinta y tres años», y todo esto, junto con las resonancias bíblicas del trozo citado, que quizás yo no haya podido captar adecuadamente, no deja lugar a dudar de la intención simbólica de Hardy. No obstante, lo que importa hacer constar respecto a este pasaje es que Clym ha percibido claramente, como una revelación o verdad aprendida en la experiencia, que la felicidad y la satisfacción sólo se encuentran al buscar el bien común y al someterse uno, con toda doctrina extremada, a tal finalidad. Las faenas sencillas practicadas por Clym, que no lograron el fin deseado de aproximarle a los rústicos, ahora se sustituyen por el habla sencilla y práctica, que a su vez parece proporcionarle un éxito mediano respecto a los ideales y la trayectoria del propio Clym.<sup>39</sup> Clym se acerca de modo sorprendente en este momento y en esta comprensión al Levin de los últimos capítulos de *Ana Karenina*. Tanto la de-

---

<sup>38</sup> *La vuelta a la tierra natal*, libro 6, cap. IV.

<sup>39</sup> Pero ver en J. I. M. Stewart, *Thomas Hardy*, cit., pp. 100-101, el punto de vista opuesto, donde sostiene que «Clym sale malparado de la tentativa de retratarle como figura de alta significación representativa en su tiempo».

dicación de Clym anteriormente, a doctrinas extremadas, y su casi ceguera simbólica al arrostrarse con un aprendizaje de faenas físicas en el brezal, como la exposición que hace Levin, en su libro, de su política de economía agrícola, constituyen escalones necesarios para llegar a la comprensión social y al conocimiento de sí mismo. Por eso el momento de revelación al fin de cada libro se presenta deliberadamente con función trascendente respecto al desarrollo anterior. La vuelta a la tierra natal, y más significativamente la vuelta a la naturaleza, cede ante otro impulso y se transforma en una búsqueda de la verdad o de lo que cada protagonista, y tras él el autor, concibe como *su* verdad.

La consideración extensa de la vuelta a la tierra natal y la vuelta a la naturaleza en *Ana Karenina* y *La vuelta a la tierra natal* es tal que hace que parezcan inadecuadas las novelas de los próximos veinte años que versan sobre los mismos temas. En muchos sentidos la tercera novela que estudiamos, *Peñas arriba*, de Pereda, no es digna de codearse con las obras de Tolstoi y de Hardy. Es difusa, a veces un poco pesada, y constituye esencialmente la culminación lógica del resto de la novelística de Pereda, con todo lo que infiere esto en cuanto a ideas estrechas y paisajismo y costumbrismo descriptivistas resueltamente en pugna con la novela propiamente dicha. Si, como sostuvo hace medio siglo T. S. Eliot, algo injustamente, «los personajes de Hardy sólo llegan a vivir en sus paroxismos emocionales,<sup>40</sup> ¿qué hemos de decir de los personajes peredianos? En cambio, si las dos novelas que acabamos de estudiar superan en mucho a *Peñas arriba* como novelas, como encarnación novelesca de una tesis o de una preocupación importante tienen mucho en común, y es a este respecto como se justifica la comparación.

Hubo un tiempo, quizás en los primeros quince o veinte años después de su publicación en 1895, cuando se consideraba a *Peñas arriba* como una gran novela, de estatura europea. Las alabanzas desmesuradas de Menéndez Pelayo, de Vézinet,

---

<sup>40</sup> *After Strange Gods*, Faber & Faber, 1934, 2.<sup>a</sup> imp., p. 55.

Tannenbergy otros se han sustituido al pasar los años con una opinión general que la sitúa mucho más bajo en la escala crítica. José Montesinos, el crítico perediano más agudo de años recientes, opina que Pereda «escamotea la novela», pero que en cambio su aportación en esta novela como paisajista y como animador de la naturaleza y de la palabra hablada la convierten en una obra importante en su tiempo, y concluye que es «una obra muy considerable, si no la mejor de su autor, sí la más seria, la más madura como pensamiento, la más meditada, por ello mismo la más generosa».<sup>41</sup>

Las palabras de Montesinos están elegidas con cuidado, escrupulosamente; la novela es una obra seria, didáctica bajo muchos conceptos, el resultado no solamente de los cuatro años de reflexionar sobre el asunto y su escritura, sino también de toda una vida de meditar ciertos temas predilectos: la ciudad y la aldea; la ciencia y el progreso en contra de la tradición; lo viejo y lo nuevo; el catolicismo ortodoxo contra el racionalista y el librepensamiento. Se habían tratado todos estos aspectos de la ideología perediana en sus escritos anteriores, y sobre todo en «Suum cuique», en *Don Gonzalo...*, *De tal palo, tal astilla*, *El sabor de la tierruca* y *Pedro Sánchez*, pero en esta novela los vemos reunidos por primera vez y encontramos, como nota Montesinos, el resultado del largo aprendizaje.

Parece probable que el propio Pereda viera la novela en cierto modo como su «canto del cisne», su última gran novela, digna culminación de su cultivación fiel de ciertas preocupaciones y temas. En una carta de abril de 1893 a Juan León Mera, el autor de *Cumandá*, explica en términos generales la proyectada novela: «Será la novela de la alta montaña, la que me falta para completar, bien o mal, el estudio de costumbres y naturaleza de esta región cantábrica».<sup>42</sup> Poco tiempo después,

<sup>41</sup> *Pereda o la novela idilio*, 2.ª ed., Castalia, 1969, p. 262.

<sup>42</sup> El original de esta carta se conserva en la Sección de Fondos Modernos de la Biblioteca de Menéndez Pelayo, Santander. Se publicó en *José María de Pereda. Selección y estudio*, Antología de escritores y artistas montañeses, XLVIII, Santander, 1957, pp. 163-164.

en una carta dirigida a su primo Domingo Cuevas, habrá de exclamar « ¡Estoy de peñas hasta la coronilla ¡ »,<sup>43</sup> declaración inconcebible para Hardy respecto a Egdon o para Tolstoi respecto a Yasnaya Polyana, y que llama la atención a una anomalía que existe en el sentimiento de la naturaleza de Pereda que no se evidencia en Hardy ni en Tolstoi. Me refiero al hecho de que coexiste junto con su preocupación con la naturaleza y el paisaje en términos pictóricos una tendencia a evitar el contacto con la naturaleza y la vida campestre, una propensión por ver la naturaleza como un cuadro en su marco más que como paisaje que vive y en el que se puede entrar y sentir sin complejos pictóricos ni pintorescos.<sup>44</sup> De aquí el fuerte contraste entre las descripciones de faenas físicas en plena naturaleza según las ve Pereda («El agosto del Berrugo» de *La puchera*, o la siega del Prao Concejo, de *Peñas arriba*) que comunican en seguida la sensación de estar observadas desde fuera, y el contacto físico de Levin con la naturaleza en los cuadros (aunque no lo son en sentido perediano) de siega, o la relación íntima de Clym con el brezal cuando, medio ciego, corta tojos, indicativos los dos de la participación del autor.

Pero si bien fracasa *Peñas arriba* en cuanto visión auténtica de la naturaleza y de la vida campestre, suple esta falta con su consideración externa de los temas de la vuelta a la tierra natal y la vuelta a la naturaleza. Al paso que *Ana Karenina* y *La vuelta a la tierra natal*, aunque tratan tales temas en parte, también se ocupan mayormente con el triángulo Eustacia, Clym, Wildeve y la gran pasión de Ana y Vronski; con su consecuente desilusión, *Peñas arriba* en cambio es casi toda ella tesis. El punto de vista es casi siempre el de Marcelo; nunca perdemos de vista su conversión progresiva de cortesano en aldeano, y la novela está llena de descripciones que

---

<sup>43</sup> Carta a Domingo Cuevas, agosto de 1893, en «Pereda en el género epistolar» de E. de Huidobro, *BBMP*, XV, enero-marzo 1933, número I, p. 16.

<sup>44</sup> Ver mi *Pereda, paisajista*, Santander, 1969, apéndices, pp. 229-233. Ver también Montesinos, o. c., p. 286.

ayudan a demostrar y a rematar la tesis: las excursiones a los altos picos, los accesos fervorosos de Neluco y don Sabas ante la grandeza del paisaje; la visita a D. Ángel de los Ríos y Ríos, «el solitario de Proaño»; la caza del oso y la expedición en busca de Pepazos; el elogio de los valores patriarcales y tradicionales —todo esto tiene que ver con la situación de Marcelo y está fuertemente vinculado a la tesis. Hasta la escasa intriga amorosa queda subordinada a las consideraciones didácticas y a la tesis. Montesinos demuestra de modo convincente lo falso de la relación entre Marcelo y Lituca, calificando a ésta de «una de las más borrosas e insatisfactorias figuras de la galería de tipos femeninos de Pereda».<sup>45</sup> Al desarrollarse la tesis hacia su conclusión inevitable, la mayoría de los aspectos por los que fracasa o triunfa una novela se descuidan por el autor mientras va en pos de otros aspectos que apoyen aquélla. El indígena vuelve a la naturaleza y a su patria chica, y se le contempla detenidamente mientras pasa por esta trayectoria, pero la psicología que subyace a la vuelta es algo más oscura y menos convincente.

Marcelo, a pesar de ser menos complejo y menos estatificado de carácter, de temperamento y de educación que Clym o Levin, resulta al mismo tiempo ser mucho más enigmático. En cierto sentido es Pereda quien tiene la culpa: nos enteramos por él de unos datos fundamentales respecto a Marcelo, pero no los suficientes para redondear y aclarar al hombre y su motivación. Al principio vemos a Marcelo mediante sus reacciones ante las cartas de su tío, que provocan en Marcelo una serie de reminiscencias autobiográficas. Lejos de proporcionarle al lector un retrato objetivo e inequívoco de Marcelo, su situación y su temperamento, le dejan en cambio indeciso respecto a éstos, y también en cuanto a su motivación y sus propósitos. Lo esencial del problema, como se sabe, es que Pereda trata de presentar la transición de Marcelo de cortesano en campesino (esto ha de tomarse desde luego en sentido simbólico) en su totalidad, con todas sus fases y capri-

---

<sup>45</sup> O. c., pp. 260-261.

chos, sin perdonarle al lector etapa ni reincidencia. En los casos de Levin y Clym conocemos al principio a un hombre que ya desde antes estaba predispuesto a favor de la vida campestre, y esto por motivos claramente expuestos, al paso que en el caso de Marcelo somos llamados a presenciar su transformación de señorito de ciudad algo hastiado y desilusionado en sustituto entusiasta y serio de don Celso, el patriarca rural, transformación que abarca numerosas etapas y algún falso comienzo.

En sus cartas don Celso ofrece tres alicientes tentadores al cortesano indiferente: primero le manifiesta el favor que haría a su tío acompañándole en los últimos meses de su vida; en segundo lugar, y más sutilmente, declara que Marcelo ha de ser su heredero, aunque añade «no trato de encender tu codicia con estas indirectas»; y en tercer lugar, más indirectamente, *habla* varias veces del «vocear de la tierra», y añade, «Es de ley que la tierra llame a lo que es suyo». Si bien no existe la menor duda de que don Celso se refiere a esto sólo en vista de su plena conciencia de la muerte cercana, también es verdad que Marcelo bien podía interpretarlo con referencia a él mismo, puesto que vive lejos de su patria chica. Sabemos también por estas cartas que en parte la ignorancia que demuestra Marcelo respecto a su tierra no se debe a su propia indiferencia sino al hecho de que su padre había concedido más importancia a la hidalguía de sus antepasados que a sus condiciones personales. Su «apego tenaz ... a las cosas de su tierra» es «meramente platónico».

Cada detalle sobre el carácter, el temperamento y la educación de Marcelo que se ofrece al lector en este primer capítulo tiene la finalidad de preparar el terreno para la declaración clave respecto a la actitud de Marcelo en esa fase a la cuestión de corte y aldea. Aprendemos que tiene 32 años, que «hacía seis que era doctor en ambos derechos, aunque sin saber, por desuso de ellas, para qué servían estas cosas», y que de algún tiempo a esta parte disfrutaba una vida llena de placeres debido a herencia de su padre. Además, sabemos que tiene «un temperamento singularmente bien equilibrado y que

pocas cosas en la vida le han afectado ni conmovido profundamente. Aunque nos enteramos de que sus inclinaciones son más bien cosmopolitas y costosas, añade Pereda que su búsqueda de la felicidad era superficial:

...me gustaban las Bellas Artes, aunque consideradas principalmente como artículo de lujo, y compraba cuadros y esculturas en las exposiciones; me gustaban ciertos hombres de política y de la literatura, no por políticos ni por literatos precisamente, sino por la resonancia de sus nombres y el atractivo de sus conversaciones.<sup>46</sup>

Hasta ahora la vida de Marcelo ha carecido de orientación y motivación fijas. Sin llegar a la sofisticación y epicureísmo extremados de Jacinto en *A Cidade e as Serras*,<sup>47</sup> se presenta como típico producto de la sociedad madrileña de buen tono, con apariencia de una felicidad frívola pero en el fondo consciente de una falta de vocación y de contento. El propio Marcelo confiesa que «Todo esto, y otro tanto más que de ello se sigue por ley forzosa, al fin y a la postre resultaba caro y producía hondos desgastes, si no del pellejo, cuando menos de la

---

<sup>46</sup> *Peñas arriba*, Librería General de Victoriano Suárez, Madrid, 1924, 8.<sup>a</sup> ed., p. 12. En adelante toda referencia al texto se hará por esta edición.

<sup>47</sup> Se publicó en 1901, después de la muerte de Eça. Contrasta dos estilos de vida, uno que aprovecha toda innovación de la ciencia moderna para mejorar el nivel y la calidad de la vida, y el otro que encuentra el contento y la paz en el sencillo vivir campestre, y es esencialmente una variación sofisticada del tema de corte y aldea. Se considera como parte de una tradición de vuelta a la naturaleza, junto con Júlio Dinis, *A Morgadinha dos Canaviais* (1868) y *Peñas arriba*, en la literatura ibérica, en José María de Cossío, *La obra literaria de Pereda*, Santander, 1934, pp. 347-348 y más recientemente en la introducción de Joaquín de Entrambasaguas a *Peñas arriba*, Las mejores novelas contemporáneas, Editorial Planeta, vol. I, 1957, pp. 30-32. Para un punto de vista distinto, y más justificado, a mi ver, puede consultarse Montesinos, *Pereda o la novela idilio*, ed. cit. p. 250. Sobre esta cuestión en Eça exclusivamente ver R. J. Oakley, «Cidades e Serras Queirozianas», *Littera*, Núm. 16, julio-diciembre de 1976, pp. 93-105.

sensibilidad moral».<sup>48</sup> Semejante conocimiento de sí mismo de parte de Marcelo nos lleva a la primera declaración de su actitud hacia la naturaleza, y más precisamente a la naturaleza salvaje e inculta y en ella percibimos un ejemplo temprano de tesis que no está relacionado con la estructura novelesca. Se presenta la actitud de Marcelo en forma tan completamente racionalista que el lector se da cuenta de que este problema habrá de ocupar un puesto importante en la novela:

Es muy de notarse que en la afición más acentuada de todas las mías, la de los viajes, me seducía mucho más el artificio de los hombres que la obra de la Naturaleza. Como buen madrileño, amaba a Madrid sobre todas las cosas de la tierra, y después de Madrid, a sus similares de España y del extranjero: las más grandes y más alegres capitales del mundo civilizado. Lo que quedaba entre unas y otras, me tenía sin cuidado, y pasaba sobre ello, para ir adonde fuera, como insensible proyectil que lleva el paradero determinado desde su punto de origen. Hijo y habitante de tierra llana, los montes me entrístecían y los cielos borrosos me acoquinaban.<sup>49</sup>

Marcelo/Pereda desvirtúa notablemente su argumento y la tesis pendiente de él con semejante racionalización. En el mismo capítulo declara Marcelo que al visitar la Montaña años antes se había quedado prendido estéticamente de los picos: «Como decoración, me enamoraba de aquel rosario de escalonadas montañas que de Este a Oeste por el Sur sirven de marco grandioso a la admirable bahía, ¡pero como tierras habitables...!»,<sup>50</sup>

He aquí, en breve, la situación y los antecedentes de Marcelo cuando recibe una carta de don Celso, la última de la serie, en la que le llama a su lado «por tiempo indefinido». Y es en este momento cuando se nos participa un elemento nuevo en la actitud de Marcelo: a pesar de las afirmaciones citadas

---

<sup>48</sup> *Peñas arriba*, p. 17.

<sup>49</sup> *Peñas arriba*, p. 17.

<sup>50</sup> *Peñas arriba*, p. 18.

que celebran una existencia cosmopolita, Marcelo no siente repugnancia por la noción de un cambio de circunstancias:

Aparte de lo que me interesó el estado físico y moral de mi tío, no estaba yo tan enamorado de mi sistema de vida, que me espantaran los riesgos de trastornarlo radicalmente por algún tiempo. Sin sentirme cansado de vivir como vivía... comenzaba a notar a la sazón cierta languidez de espíritu, cierta inapetencia moral... Por este lado, la carta de mi tío no podía llegar más a tiempo de lo que llegó a mis manos. Lo grave, lo inesperado, lo terrible para mí estaba por otro lado: la calidad de lo que se me pedía en ella. Resuelto a cambiar de vida por algún tiempo, Dios sabe qué derroteros hubiera adoptado yo; pero es indudable para mí que jamás habría elegido el que mi tío deseaba y me proponía.<sup>51</sup>

Pero, cuando parece que Pereda acaba de establecer unos puntos de consulta fijos para el caso de Marcelo, complica el asunto introduciendo nuevas cavilaciones en la mente de Marcelo. En vez de suministrarse en el caso Marcelo una oposición neta a la vida rural, o siquiera una indiferencia neutral, que permitiría que un cambio radical constituyera la materia de la novela, se da el caso en cambio que Marcelo está predispuesto a favor de la vida rural en cuanto que abraza la idea de un cambio de circunstancias. Es en esta coyuntura cuando comienza a expresar sus dudas respecto a su capacidad para apreciar la naturaleza:

Lo cierto es que un día... di en el tema de buscar dentro de mí el porqué de ser yo tan poco sensible a los convenientes encantos de la Naturaleza. ¿Faltaba esa cuerda en mi organis-

---

<sup>51</sup> *Peñas arriba*, p. 19. Las líneas que siguen esta cita se arriman más al caso de Jacinto en *A Cidade e as Serras* que cualquier otras, hasta tal punto que parecería imposible que Eça no se diese cuenta del paralelo: «¿qué tendría que ver en Tablanca! recién llegado yo de Aguas-Buenas y de París y de medio mundo distinguido, con las maletas atestadas de novedades, lo mismo en ropas que en libros; reinstalado en mi confortable casita de soltero... Vamos, era el colmo de lo imposible soñar siquiera en trocar todo eso y de repente por lo que se me ofrecía desde Tablanca». *Peñas arriba*, pp. 19-20.

mo, o la tenía y no la había puesto en ocasión de que vibrara? Pues había que averiguarlo, porque comenzaba a mortificarme el temor de carecer de ella.<sup>52</sup>

En esta fase la aprensión de Marcelo en punto a si le falta una sensibilidad capaz de apreciar la naturaleza anticipa inútilmente un tema fundamental de la novela. El proceso de llegar a una decisión se confunde para Marcelo con su recelo de que le falta sensibilidad estética —que a su vez se convierte en un desafío personal— y para mayor complicación está vinculado con la corriente narrativa que pinta su conciencia (a modo de Clym y Levin) de la necesidad de hacer algo más en la vida que divertirse en el gran mundo. Su elección final de la Montaña no se explica adecuadamente por motivos psicológicos; del todo inesperadamente demuestra un vigor y una virilidad ajenos a lo que hemos visto de su temperamento en el resto de la novela. Y es esta nueva determinación lo que inclina la balanza en favor de la Montaña, reduciendo a paja infructuosa toda racionalización anterior.

Acabamos de considerar la situación de Marcelo en el primer capítulo de la novela, antes de poner pie en la Montaña el protagonista. En cierto sentido, y a pesar de sus inconsecuencias y sus vaguedades, esta declaración inicial de la actitud de Marcelo, o sus actitudes, recorre tanto terreno como su morada en la Montaña. Las quinientas páginas siguientes describen cómo se convierte paulatinamente a la Montaña, a la naturaleza agreste, al par que retratan el estilo de vida en una remota aldea montaraz; quinientas páginas en las que Pereda demora y aplaza hábilmente mediante fuertes dosis de materia descriptiva secundaria (aunque no toda ella según la vieja receta costumbrista) el momento en que la rueda de la tesis dé una vuelta completa. Cualquier lector que conozca de antiguo a Pereda fácilmente podría adivinar sus propósitos —parece haber poca probabilidad de que Marcelo reaccione violentamente contra la Montaña y su deber familiar, de que

---

<sup>52</sup> *Peñas arriba*, pp. 20-21.

se escabulla a toda prisa a su vida hastiada de Madrid— y aun el lector poco familiarizado con las enseñanzas peredianas no se convencerá de que la reacción inicial de Marcelo ante el paisaje y el clima montañoses tenga forzosamente que ser idéntica con su decisión final. El ambiente de la Casona, con sus reminiscencias de *Cumbres borrascosas*, y lo gris y sombrío de la Montaña al verla Marcelo por primera vez tienen la finalidad de contrapesar las posibilidades, según las enfoque el lector; sin su reacción desfavorable anterior la actitud favorable de más tarde hubiera parecido menos convincente.

Al paso que Clym regresa a un Egdon que él conoce bien aunque de otro modo que los campesinos, y al paso que Levin, al regresar a sus tierras, regresa a lo que le es familiar y querido, Marcelo en cambio «vuelve» en sentido metafórico a un mundo casi desconocido para él. Y sin embargo, en sus primeras reacciones ante el terreno y el paisaje mientras camina con Chisco hacia Tablanca, escribe con el afecto y conocimiento de Marcelo el converso antes que con la experiencia de Marcelo el cortesano. En seguida, como si quisiera ajustar la balanza, Pereda pone en boca de Marcelo las preguntas más ingenuas. Con todo las primeras impresiones que tiene Marcelo del paisaje montañoses no son las de una persona a quien le falta sensibilidad estética. Cualquier descripción de las más extensas del capítulo II<sup>53</sup> bastaría para confirmar la sospecha del lector de que la sensibilidad del novelista se cierne sobre la de Marcelo, y que las dos sensibilidades coinciden y se confunden equívocamente. Hay momento descriptivo en el que no estamos del todo seguros si es el autor que nos informa sobre el paisaje y la topografía montañoses o si es Marcelo quien habla por voz propia. Lo más insatisfactorio del asunto es que no siempre se da cuenta Pe-

---

<sup>53</sup> «A la vera del último de los de esta serie...», p. 24; «A veces era tan fino el tapiz...», pp. 31-32; «Era verdaderamente hermosa aquella planicie...», pp. 32-33; «Subí lo que me faltaba...», pp. 34-35; «Hecho el descenso de aquella parte del brocal...», pp. 35-37.

reda de la voz narrativa que emplea o que importa distinguir entre las dos. La narrativa constante en primera persona, si no se maneja hábilmente, tiene sus desventajas, y ocurre que Pereda es lo suficientemente imprudente como para encajarle a Marcelo imágenes extensas y recursos estilísticos de otra índole que son altamente característicos de su propia voz de autor.<sup>54</sup>

En varios puntos de la narrativa racionaliza Marcelo las etapas distintas de su transformación de cortesano en aldeano, proporcionando así distintos momentos o ángulos de enfoque en el proceso de la vuelta a la naturaleza y la vuelta a la tierra natal. Se da un momento semejante en el capítulo II, al contrastar Marcelo la naturaleza cultivada y amansada con la naturaleza bravía y salvaje:

Allá —me decía—, la llanura abierta, los campos amenos, el sol radiante, los frutos, las flores, la égloga, el idilio de la vida; aquí, la bravura salvaje, la lobreguez de los abismos, el silencio mortal de los páramos, la inclemencia de la soledad...<sup>55</sup>

El contraste que se establece aquí está encaminado a indicar la actitud del Marcelo del principio de la novela, actitud que Pereda se propone a derribar en lo siguiente. Ya antes del fin de la novela bien reconoce Marcelo que tal contraste constituye una supersimplificación de ambos puntos de vista, y el lector asimismo percibe que se trata de una versión falseada de una verdad evidente. Las ideas preconcebidas que tiene Marcelo de la naturaleza, y de la Montaña sobre todo, se ofrecen al lector sólo con miras a demostrar claramente más tarde

---

<sup>54</sup> Inconfundiblemente peredianos de sensibilidad son las siguientes imágenes: «...los monolitos solitarios y dispersos se me antojaban erupciones de verrugas asquerosas sobre una inmensa piel de leproso», p. 37; «...con grandes manchas rojizas en la falda, impresas por los secos helechales, y todos con parte de sus esqueletos de roca asomando por los desgarrones de sus vestiduras...», p. 40.

<sup>55</sup> *Peñas arriba*, p. 35.

lo malfundadas y prescindibles que son. Dado este propósito parecen perdonables pero pesados los pasajes como éste:

Estábamos indudablemente, si no en el corazón, en una de las vísceras más considerables de la cordillera. ¡Y en otra víscera por el estilo se escondería mi nuevo hogar!... ¡Santo Dios, en qué empresa me había arrojado un momento de sensiblería humanitaria! Por ver de todo, se podía ver hasta aquella espantosa desolación; pero habitar allí...<sup>56</sup>

Y de nuevo, al enfrentarse con los paisajes imponentes e inhóspitos de la última etapa de su viaje, exclama Marcelo:

—¡Oh condenados admiradores de la Naturaleza en toda su grandiosidad salvaje! —decíame yo, entumecido y quebrantado de alma y de cuerpo.— Aquí os daría yo el pago de vuestras sensiblerías de embuste, poniéndoos a pasto de admiración durante media semana.<sup>57</sup>

La reacción desfavorable de Marcelo ante la Montaña se presenta como condicionada por otros factores también. Es importante sobre todo el tiempo por lo que se refiere a esto. El ruido de la lluvia, y la «música» monótona del río cercano le deprime en los primeros días en la Casona, como más tarde lo harán las nieves invernales. Además, percibe Marcelo con prontitud la relación misteriosa entre Facia, «la mujer gris», y el tiempo (está alegre y tranquila cuando hace mal tiempo y se muestra nerviosa y taciturna cuando se depeja, por motivos que se explican al fin de la novela) y esta percepción agudiza su propia conciencia del tiempo que hace. Más adelante en la novela se ve que el tiempo influye en la

---

<sup>56</sup> *Peñas arriba*, pp. 38-39. Unas páginas más adelante se aborda la cuestión de la conveniencia de semejante ambiente para un cortésano como Marcelo: «...todo, todo lo comprendí y todo lo sentí, lo mismo que había comprendido y sentido mi padre, menos que pudiera vivir entre tales vericuetos y tan esquivas soledades un hombre de mi educación, de mis sentimientos y de mis hábitos». *Peñas arriba*, páginas 41-42.

<sup>57</sup> *Peñas arriba*, pp. 42-43.

marcha de los acontecimientos, con la expedición en busca de Pepazos o la muerte y la traída del viático a don Celso. No obstante, en el caso de Marcelo su racionalización psicológica de la influencia del clima y del paisaje resulta poco convincente cuando vuelve a pesar la cuestión de corte y aldea, la buena vida y el deber familiar, y es Lituca, más bien que consideraciones éticas o morales, quien constituye la influencia decisiva. En los casos de Levin y de Clym la cuestión se discute interiormente, sin intervención mayor de aspectos exteriores, es decir que la cuestión de corte y aldea queda subordinada a su propia discusión moral, mientras que en el caso de Marcelo es como si todos los factores echados en la balanza tuviesen que ver sólo con aspectos exteriores, y la discusión moral interior, en tanto que existe, resulta sumamente somera y convencional. El que el conflicto en la mente de Marcelo se represente simbólicamente por factores topográficos —por ejemplo la carretera que entra en la Montaña o que sale hacia el gran mundo, o la diferencia entre los valles inferiores y los picos altos<sup>58</sup>—indica nuevamente el nivel en el que se desarrolla la discusión y la tesis.

Siembra Pereda a lo largo de la narrativa pasajes cortos que recapitulan el estado de ánimo de Marcelo; en éste que citamos ahora Pereda exagera su incompetencia para la vida campestre con el fin de hacer contraste con su conversión subsecuente:

Si entretanto hubiera habido en mí alguna inclinación natural, alguna aptitud de las que hacen placentera a muchos hombres, sin ser aldeanos, la vida campestre, menos mal; pero, por desgracia mía, me faltaban todas en absoluto. Yo no era cazador, ni había manejado otras armas que las de adorno en los salones de tiro; ni entendía jota de ganados, ni de labranza, ni de arbolados, ni de hortalizas, ni pintaba ni hacía coplas; y por lo tocante a la señora Naturaleza, la de los montes altivos y los valles melancólicos y los umbríos bosques y las nieblas diáfanas, y las sinfonías del «favonio blando» entre el pelado ramaje, y los rugidos del huracán en

---

<sup>58</sup> Ver sobre todo *Peñas arriba*, p. 35, pp. 81-83 y pp. 175-176.

las esquivas revueltas de los hondos callejones, vista de cerca, mejor que madre, me parecía madrastra, carcelera cruel, por el miedo y escalofrío que me daban su faz adusta, el encierro en que me tenía y los entretenimientos con que me brindaba...<sup>59</sup>

Pero desde este momento en adelante, si bien Marcelo prevé un encierro monótono durante el invierno, la perspectiva comienza a mejorar. Marcelo es el primero en reconocer su propio carácter apático: «...las inclinaciones de mi complejión relativamente perezosa... mi escasa curiosidad en la contemplación de hermosísimos panoramas»,<sup>60</sup> pero los paladines de la rusticidad y de los deleites estéticos de la naturaleza son tanto más entusiastas y convincentes: Chisco, Neluco, don Sabas y «el señor de la torre de Provedaño», son todos, a su manera, unos misioneros que se proponen convertir a Marcelo, con distintos motivos. A Marcelo le vemos en contacto con sus puntos de vista, aunque no le vemos pesar estas ideas una contra otra ni tampoco en relación con las suyas propias. Don Sabas hace un papel fundamental en la conversión de Marcelo, como sacerdote a la vez de la naturaleza y del catolicismo, pero se concede más importancia a lo que se le muestra a Marcelo y al comentario de don Sabas que a la reacción de Marcelo. Sin embargo, los sentimientos de éste se modifican paulatinamente:

Mi temperamento, en la escala de lo sensible, ni siquiera llegaba al grado de los innumerables que para «sentir el natural» necesitan verle reproducido y hermo­seado en el lienzo por la fantasía del pintor y los recursos de la paleta; y, sin embargo, yo leía algo que jamás había leído en la Naturaleza cada vez que la contemplaba a la luz de las impresiones transmitidas por don Sabas encaramado en las cimas de los montes. Y era muy de agradecerse y hasta de admirarse por

---

<sup>59</sup> *Peñas arriba*, pp. 87-88. La alusión a «madrstra, carcelera cruel» hace pensar inevitablemente en las palabras de Pardo Bazán: «Naturaleza... te llaman madre... Deberían llamarte madrastra». (*La madre naturaleza*, 1887).

<sup>60</sup> *Peñas arriba*, p. 101.

mí este milagro del pobre cura de Tablanca; milagro que nunca habían logrado hacer conmigo ni los cuadros, ni los libros, ni los discursos.<sup>61</sup>

Momento cumbre del conflicto y de la tesis, pero se escamotea la motivación por la que Marcelo se transforma de descreído en converso. El «milagro» del cura de Tablanca le evita a Pereda la necesidad de explicar o pormenorizar un momento decisivo del libro. Pero aunque Pereda nos presenta aquí el hecho consumado, la próxima etapa de la evolución de Marcelo habrá de exponerse por extenso.

A diferencia de Clym y de Levin, Marcelo sólo está bien enterado de un aspecto de la cuestión. Su experiencia abarca una existencia selecta y cómoda en Madrid y otras capitales europeas. No posee los recuerdos de niñez de Clym en cuanto al vivir campestre, y es por esto que le falta la oportunidad de pesar un aspecto contra otro, salvo hasta el fin de la novela.<sup>62</sup> En el capítulo IX Neluco, el médico rural, ofrece la oportunidad de enfrentarse con otras ideas, basadas en un conocimiento de los dos aspectos de la cuestión. Neluco conoce el mundo, la sociedad, las ambiciones de carrera, la esgrima de los negocios y de la política, y ha rechazado todo esto a favor de la Montaña. Lo importante en el caso de Neluco es que, aunque su primera inclinación fue elegir la aldea, la Montaña, sabía perfectamente que tenía que llegar a conocer la corte a fin de hacer valedera su decisión. Los pasajes largos en los que Neluco justifica su rechazamiento de la vida de la capital y su preferencia por la Montaña, junto con las ideas de don Celso y «el señor de la torre de Provedaño», constituyen la piedra angular de la tesis de Pereda a favor de las comunidades rurales y la vida campestre en general.

---

<sup>61</sup> *Peñas arriba*, pp. 106-107.

<sup>62</sup> Esta consideración es de las menos satisfactoria de la tesis; Marcelo se encuentra sumergido en un aspecto de la cuestión solamente, y como pasa tan poco tiempo discutiendo para sí no es extraño que alcance sólo una perspectiva muy limitada.

En la justificación que expone Neluco entran en la cuestión la religión y la moralidad, así como lo hacen en *La vuelta a la tierra natal* y *Ana Karenina*, aunque se advierte en seguida que en *Peñas arriba* la cuestión de corte y aldea y el elemento religioso-moral no llegan a fundirse en un razonamiento convincente sino que permanecen como entidades separadas. En breve, cree Neluco, y lo sostiene, que la sociedad española sólo puede regenerarse volviendo a la fe y a Dios, pero ofrece también una solución más práctica como consecuencia natural de la primera condición, y es que la sociedad tiene que revivificarse desde los rinconcitos más remotos, desde las «aldehyuelas montaraces» en donde las virtudes y las tradiciones del pueblo español permanecen sin contaminarse. Los grandes centros sociales habrán de purificarse con la sangre nueva de las extremidades provinciales, antes desdeñadas. Todo esto tiene resabios de alguna que otra idea de Unamuno en *En torno al casticismo*, lo cual no es sorprendente si tenemos en cuenta la fecha de publicación y el hecho indiscutible de que es la auténtica cuestión candente del día. Si aceptamos que se caracteriza el ensayo polémico del día por su tratamiento ingenioso y hasta fantaseado de los problemas más importantes, por lo menos cabe afirmar que las ideas de Neluco y de Pereda en *Peñas arriba* no se destacan notablemente por más extravagantes o más estafalarias que la mayoría; y hay que reconocer además que en muchos aspectos coinciden con las ideas de Tolstoi sobre la regeneración social.<sup>63</sup>

El proyecto de regeneración que tiene Neluco depende de que se adopte la Casona como la unidad social central:

La gran obra —continuó— de la casona de Tablanca, desde tiempo inmemorial, ha sido la unificación de miras y de voluntades de todos para el bien común. La casa y el pueblo

---

<sup>63</sup> Cuando se publicó *Peñas arriba* unas pocas reseñas del libro vincularon los nombres de Pereda y Tolstoi con motivo de sus proyectos para regenerar la sociedad por medio del pueblo. En el caso de Pereda esto suponía un pueblo bajo la dominación benévola de un don Celso, al paso que con Tolstoi se trataba de mayor igualdad entre el propietario/patriarca y los campesinos.

han llegado a formar un solo cuerpo, sano, robusto y vigoroso, cuya cabeza es el señor de aquél. Todos son para él, y él es para todos, como la cosa más natural y necesaria. Prescindir de la casona, equivale a decapitar el cuerpo».<sup>64</sup>

Sin duda los que conocen *Los pazos de Ulloa* y *La madre naturaleza* de Pardo Bazán habrán de pensar con ironía en la corrupción, la decadencia y la apatía que retrata con tanta fuerza. Ya había pintado Pereda algunos de estos males sociales en «*Suum cuique*», «*Blasones y talegas*», y más extensamente en *Don Gonzalo González de la Gonzalera*, pero en *Peñas arriba*, por el contrario, contempla el porvenir con un idealismo acendrado, haciendo caso omiso de semejantes males, que por cierto siguen existiendo. La tesis de Pereda infiere que, a pesar de la invasión de las ideas modernas y la explotación comercial, todavía hay tiempo para rescatar y preservar la Montaña y otras regiones amenazadas de infiltración, así salvaguardando el porvenir de toda España. No sugiere Neluco que se adopte la Casona como unidad social básica en los centros urbanos, sino que con la conservación de las virtudes y las aptitudes tradicionales de las regiones rurales más remotas habría de llegar un día cuando las zonas industrializadas puedan infundir nueva vida a sus fuerzas y sus ánimos agotados, acudiendo a la Montaña.

Marcelo escucha mucho más de lo que habla en este capítulo, y cuando da su parecer resulta débil y hasta fatuo. Las ideas de Marcelo salen perdiendo junto a las de Neluco porque Pereda se empeña en presentar argumentos más convincentes para la Montaña que para la sociedad urbana. Ofrece Neluco un argumento bien razonado, si algo idealista, al paso que Marcelo expresa unas opiniones inconexas y malfundadas <sup>65</sup>

<sup>64</sup> *Peñas arriba*, p. 134.

<sup>65</sup> La comparación con Levin es sugestiva. F. R. Leavis opina que la novela (*Ana Karenina*) en su totalidad «no nos alienta en lo más mínimo a considerarle a Levin sino como imprudente, de inspiración dudosa y encaminado irremediabilmente a la desilusión». *Anna Karenina and Other Essays*, Chatto & Windus, 1963, p. 21. Pero no se crea por esto que las ideas de Levin sobre corte y aldea, la agronomía y

que reflejan a la vez su indecisión y su disposición a dejarse vencer.<sup>66</sup>

Es por don Sabas por quien nos acercamos al aspecto espiritual de la cuestión. Desde la altura de los picos más imponentes de la Montaña se lanza el sacerdote a unas alabanzas de la naturaleza como obra de Dios, y de la Montaña en especial. Se ve que Marcelo queda fuertemente impresionado por el éxtasis casi místico de don Sabas ante la mano creadora, pero nuevamente percibimos que la influencia del cura se presenta en forma vaga y sin muchos detalles. La conversión de Marcelo en el nivel espiritual, como antes en el nivel estético, queda reducida a una serie de cambios de sentimiento abruptos, sin que Pereda se ponga seriamente a contrapesar los prejuicios del Marcelo del primer capítulo. Por el contrario, los temores del protagonista y sus preocupaciones anteriores respecto a la vida campestre y la Montaña se desvanecen imperceptiblemente ante la elocuente interpretación espiritual del paisaje montañoso que ofrece don Sabas. Otro momento crítico del conflicto y de la tesis, y nuevamente se escamotea lo esencial. Este escamoteo, empero, prepara el terreno para que Marcelo sienta y aprecie la naturaleza a solas, sin la mediación del cura:

Jamás había visto yo porción tan grande de mundo a mis pies, ni me había hallado tan cerca de su Creador, ni la contemplación de su obra me había causado tan hondas y placenteras impresiones... Hasta entonces había necesitado el contagio de los fervores de don Sabas para leer algo en el gran libro de la Naturaleza, y en aquella ocasión le leía yo solo, de corrido y muy a gusto. Y leyéndole embelesado, llegué a sumirme en un cúmulo de reflexiones que, empalmándose por un extremo en la monótona insulsez de mi vida mundana y embebiéndose en seguida en el espectáculo en que se recrea-

---

la relación entre propietario y labriego se ven por Tolstoi como perversamente equivocadas. Ver en Gifford, *Leo Tolstoy*, cit., pp. 315-325, el artículo de Barbara Hardy, «Form and Freedom: Tolstoy's *Anna Karenina*». Recordemos asimismo que las palabras finales de Hardy sobre Clym le ven como un iluso, aunque inofensivo.

<sup>66</sup> Peñas arriba, pp. 135-136.

ban mis ojos, se remontaban después sobre las cumbres altísimas que limitaban el horizonte a mi espalda, y aun seguían elevándose a través del éter purísimo por donde suben las plegarias de los desdichados y los suspiros de las almas anhelosas del Sumo Bien.<sup>67</sup>

Marcelo se muestra convencido y se vence sin romper una lanza en nombre del antiguo cortesano, pero a continuación nos damos cuenta de que las implicaciones religiosas y estéticas de su nueva actitud han sustituido sus argumentos anteriores, insidiosamente, sin derrotarlos con razonamientos lógicos. Pereda soluciona el problema de reconciliar las antiguas ideas de Marcelo con las nuevas con el expediente sencillo de volverle las espaldas. En más de quinientas páginas que tienen el propósito de presentar la conversión progresiva de Marcelo, Pereda falla en los momentos cruciales, y sobre todo al tratar de precisar la motivación psicológica del protagonista.

Los problemas de Pereda en esta novela, de hecho, se limitan a una verdad sencilla y autoimpuesta: una vez que Marcelo haya llegado a la Montaña, lo único que le queda a Pereda por hacer es describir la Montaña y sus gentes, en todos sus aspectos, a los lectores, reflejando al mismo tiempo su influencia en Marcelo. Es por esto precisamente por lo que la novela es rígida y previsible, tanto que pone en peligro su credibilidad. Cabe suponer que trata del conflicto interior de Marcelo, entre su educación civilizada y urbana, por un lado, y la nueva perspectiva que se abre ante él cuando llega a la Montaña, pero los puntos de consulta están trazados en los primeros capítulos y lo que sigue suele ser costumbrismo y paisajismo muy detallados que se vinculan sólo tenuemente a la noción de la influencia que pudieran tener en el protagonista. Si nos detenemos a considerar que en los casos de *Ana Karenina* y *La vuelta a la tierra natal* ninguna de las dos novelas está destinada a fracasar o triunfar por su manejo del conflicto de corte y aldea, y que a pesar de esto logran más fle-

---

<sup>67</sup> Peñas arriba, pp. 159-160.

xibilidad y más humanidad al tratar el tema que la novela de Pereda, que seguramente tiene que fracasar o triunfar por esta causa, veremos claramente uno de sus mayores puntos flacos y sus limitaciones de enfoque.<sup>68</sup>

Es sorprendente que cuando nos adentramos en la novela, cuando leemos los capítulos que tratan de las excursiones de Marcelo (caps. XI - XV) encontremos un ejemplo importante, en medio de pasajes que dan fe de la modificación de sensibilidad en el protagonista, de la identidad de su actitud con la del Marcelo de principios de la novela:

Por ahí se va a la vida y a la libertad de las planicies soleadas, al bullicio de las ciudades... a la conversación culta y amena, a los salones alfombrados, al libro, al teatro, al periódico, al casino, al Ateneo... ¡mientras que por aquí...! <sup>69</sup>

Y pese a lo mucho que le atrae la corte y al hecho de que no le ocurre nada de bueno que decir de la Montaña al racionalizar su situación en este momento, sabemos con todo que Marcelo ha quedado impresionado por el paisaje y que no ve las cosas con los ojos del Marcelo primerizo.

Si bien parece retroceder unos pasos al fin del capítulo XII esto le permite avanzar unos pasos más al experimentar la influencia de don Angel de los Ríos, «el señor de la torre de Provedaño».<sup>70</sup>

---

<sup>68</sup> El capítulo que dedica Montesinos a *Peñas arriba* (*Pereda o la novela idilio*, pp. 239-262) parece esquivar declarar de golpe que el fracaso parcial de la novela se debe al manejo inflexible de la tesis, y no obstante hace una porción de observaciones por separado que, consideradas como conjunto, nos llevarían a esta conclusión. Entre los otros críticos (Cossío, Camp, Cordero-Azorín, Klíbbe) se tiende a opinar que el fracaso, o cuando menos la flaqueza de la tesis, se redime por los elementos costumbrista-paisajísticos.

<sup>69</sup> *Peñas arriba*, pp. 175-176.

<sup>70</sup> Poco se ha escrito sobre esta figura interesante. Ver José Montero Iglesias, *El solitario de Proaño*, Santander, 1917; *Angel de los Ríos*, «Escritores y artistas montañeses», ed. de Luis de Hoyos Sainz, Santander, 1952.

Al paso que Neluco adelanta la cuestión de corte y aldea en términos generales —el trabajo, el deber, la estructura social, las consideraciones morales, etc.— y don Sabas la adelanta en términos espirituales, es don Angel o «el señor de la torre de Provedaño» quien más contribuye a la cuestión en cuanto erudito, como reformador social y sobre todo por su firme convicción de que la aristocracia debe compartir el trabajo manual con los campesinos. El elemento tolstoiano en *Peñas arriba* nunca se hace sentir con más fuerza que en la exposición que hace don Angel de sus ideas sobre la participación en el trabajo y su apetencia del esfuerzo físico en la siega del «Prao Concejo» al estilo de Levin. En cierto sentido Marcelo percibe en don Angel lo que hubiera podido ver en su tío, don Celso, unos veinte años antes: una constitución vigorosa y un temperamento estable que se ponen ahora, habiendo rechazado las tentaciones de la ciudad, al servicio de esta pequeña comunidad montañesa. Sus propósitos más fundamentales como patriarca del valle eran sencillos: acabar con el «mal nuevo», la corrupción que penetraba insidiosamente desde fuera en las aldeas montañesas, y conservar al mismo tiempo los valores tradicionales, aun cuando esto implicase hasta cierto punto la continuación de un estado atrasado en la educación. En el caso de don Angel tanto en teoría como en la práctica tienen sus ideas ciertos resabios de un feudalismo puesto al día; no se opone en principio al cambio, aunque cree que toda modificación en las relaciones y en la estructura socialista ha de surgir naturalmente de las anteriores. Las observaciones que dirige a Marcelo nos participan claramente por primera vez que todos se atienen a que éste sustituya a don Celso: «¡Qué lástima... que todo esto [el apego de Marcelo a la corte]...sea un obstáculo...para que la labor de don Celso en Tablanca tenga en usted un apasionado continuador! Porque si usted no lo es, ¿quién va a serlo ya?».<sup>71</sup>

Desde aquí en adelante se denota en Marcelo una percepción subida de su responsabilidad, pero también llega a intere-

---

<sup>71</sup> *Peñas arriba*, p. 208.

sarse auténticamente en los aspectos prácticos de la vida diaria en la Montaña. Lo que había tenido en el principio cierta dimensión anormal para Marcelo (la visita a la Montaña es efectivamente una interrupción en su vida normal de cortesano inveterado, con la cualidad de sueño o irrealidad que bien pueden tener tales estancias breves) asume ahora, después de la intervención de don Angel, una realidad y una participación totalmente nuevas para el protagonista. Se representa esta transformación simbólicamente en la narrativa por el sueño <sup>72</sup> que tiene Marcelo, en el que se entretajan hilos del antiguo y del futuro Marcelo. En cuanto ejercicio en psicología prefreudiana algo primitiva la secuencia del sueño desmerece de la sutil capacidad reveladora de los sueños en las novelas de Galdós, pero como indicación de una transformación radical en Marcelo es bastante eficaz.

No tarda Marcelo en expresar su deseo de entrar en plena naturaleza: «Me hubiera revolcado en ellas [las praderas] de buena gana como una bestia»,<sup>73</sup> si bien le preocupan nuevamente en el capítulo XVI unas cavilaciones respecto a si los sentimientos que ha experimentado por primera vez podrán repetirse. Lo que se desprende principalmente de este capítulo, para abreviar, es que Marcelo se va reconciliando a la vida campestre y al ambiente de la Casona. Ya no saborea con tanta nostalgia los periódicos de Madrid; los platos montañoses van pareciendo más apetitosos, y las montañas circundantes dejan de amenazarle ceñudamente. Hasta el habla montañesa empieza a parecerle más atractiva, y a su vez este avance le lleva a diferenciar socialmente a los que frecuentan

---

<sup>72</sup> *Peñas arriba*, pp. 217-219.

<sup>73</sup> *Peñas arriba*, p. 198. Esta referencia, junto con la que sigue: «Consulté con Neluco esta bestial ocurrencia, y la celebramos los dos... pero así y todo no faltaron un par de razones, fisiológicas también... para explicar el antojo muy racionalmente», parece hacer eco de Cervantes: «Volvieron a sus bestias, y a ser bestias...», *Don Quijote*, segunda parte, cap. XXIX. Ya se había interesado Pereda un poco en los cambios de método en la crítica cervantina. Ver «El cervantismo», *Esbozos y rasguños* (1881).

la tertulia de su tío. Todo esto prepara el terreno para su declaración extensa,<sup>74</sup> a mediados de la novela, en la que explica sus actitudes y su estado de ánimo, declaración dominada aparentemente por Lituca pero que indica significativamente que el equilibrio ideológico ha cambiado. Al paso que inicialmente su visita a la Montaña parecía un intervalo breve en su vida normal en la metrópoli, encontramos ahora que sus actividades en Tablanca —su excursionismo, la caza, el conocimiento de la gente y su historia; sus relaciones con don Celso y su percepción del papel que hace la Casona en esta madrepatria social— van adquiriendo más sentido y más realidad para él que su mundo de Madrid. La conciencia y la costumbre, obrando juntamente, hacen que se desdibuje su imagen mental de la capital, sin olvidar la influencia de la esquiva Lituca.

Por lo que toca a la influencia del medio ambiente y de unas filosofías de la vida, diríase que Marcelo ha alcanzado virtualmente el punto más alto de su trayectoria dentro de la cuestión de corte y aldea en el capítulo XVII. Transcurrida la mitad de la novela, lo que queda antes de que Marcelo tenga que optar definitivamente por corte o aldea al morir se don Celso, cuando el conflicto se renueva momentáneamente, no tiene mucho que ver con la tesis propiamente dicha: una nevasca, la busca de Pepazos, unas giras venatorias y la caza del oso, y alguna que otra tertulia. Sin embargo, no es enteramente estancada la situación de Marcelo entre esta línea divisoria o punto alto y su decisión final, puesto que se ve obligado a decidir anticipadamente en beneficio del hombre moribundo, para aliviar sus aprensiones, antes de resolverse en cuanto a su propia vida y porvenir. Marcelo rehuye prometerle a don Celso algo que no piensa cumplir, y cuando finalmente promete cargar con la labor de don Celso lo hace a sabiendas de que no es el temor a la muerte lo que consume a su tío sino su preocupación por el bienestar futuro de sus tablanqueses.

---

<sup>74</sup> *Peñas arriba*, pp. 246-248.

Cabe observar, pues, a raíz de esta decisión doble, que la decisión inicial de Marcelo no es en verdad una elección libre y abierta entre corte y aldea sino un recurso provisional para aquietar las aprensiones de su tío, así aplazando hasta el fin de la novela la resolución auténtica y definitiva del conflicto. Ante esta obligación moral de quedarse en la Montaña hasta que se muera su tío, busca y encuentra Marcelo cierta justificación por su decisión provisional en otros contextos. No es hasta después de transcurridas las dos terceras partes de la novela, por ejemplo, que se da cuenta Marcelo de que la fortuna que va a heredar de su tío, aunque bien podrá ser una fortuna en la Montaña, sólo representaría lo suficiente para unos pocos años de vida acomodada en Madrid. Además, sigue a su conversación seria con su tío y la decisión tomada entonces un cambio abrupto del tiempo gris y deprimente, y esto, junto con la llegada de Lituca, «como la paloma que volvía al arca», ayuda a borrar de su mente las razones que motivaron su decisión.

Entre la elección inicial con miras a su tío, y la elección final con miras a sus propios intereses, es efectivamente el tiempo lo que determina los altibajos de la posición de Marcelo respecto a la Montaña y respecto a la cuestión de corte y aldea, haciendo de contrapunto con las reacciones de Facia ante el tiempo. En una de las descripciones más logradas de Pereda que presenta la impresión producida en Marcelo por una nevada, contemplada desde una ventana de la Casona muy de madrugada, se contrastan en su pensamiento la nevada en tierra montañosa y las nevadas de ciudad, y concluye que éstas son «nevadas de teatro», pero el contraste no basta para impedir que el tiempo invernal en su totalidad le haga recurrir mentalmente a su reacción temprana frente a los panoramas grises de los primeros capítulos del libro. Es cierto que su actitud no es la del converso totalmente convencido:

...todo era lo mismo, a menudo de descomunal cantera de sal refinada o de cal viva en cuyo fondo estuviera yo. Ni un ave en el espacio, ni un ser viviente en el suelo en cuanto abarcaba la vista, y el rumor continuo, igual, monótono, del invisible

río, como si fuera el exterior de la Naturaleza que se moría tiritando, anémica y abotagada por la frialdad.<sup>75</sup>

pero como ve tan delicadamente la «muerte» de la naturaleza, es de suponer que esto no infiere la muerte de su propia sensibilidad estética, recién adquirida, sino más bien la lógica evolución de ésta: Marcelo compadece ahora con esta naturaleza moribunda, demostrando así un progreso sensible que se hará más patente aún con la llegada de la primavera. Pero la ambigüedad del pasaje citado denota que la cuestión corte/aldea queda abierta todavía y que continúa el conflicto, aunque en tonalidad menor.

Por otra parte, en más de un pasaje se evidencia la subida sensibilidad religiosa de Marcelo, tras la ambigüedad de su actitud ante la naturaleza. La expedición en busca de Pepazos, con su fondo de paisajes y tiempo invernizos y grandeza sobrehumana, evoca en Marcelo la observación que «Jamás me había parecido la majestad de Dios tan imponente, ni le había rezado con más fervor que entonces...», y en seguida se identifican íntimamente sus propias funciones físicas con las de la naturaleza: «...andaba yo de puerta en puerta mirando y escuchando, sin ver ni oír más que la insondable negrura de la noche, el incesante bramar del Nansa, que más que ruido parecía la respiración del silencio, y los latidos descompasados de mi corazón».<sup>76</sup> El cortesano hastiado va desapareciendo ante nuestros ojos, si bien nos es difícil evaluar precisamente el papel que hacen en tal proceso la sensibilidad estética, el despertar del impulso religioso y del deber social, y, todavía más ambivalente, la débil trama amorosa.

La disposición momentánea de un Marcelo escarmentado y pensativo con motivo de la busca de Pepazos y las reflexiones citadas le lleva a meditar, medio dormido, sobre la diferencia entre el bullicio y el egoísmo de la ciudad, por un lado, y la postulada lealtad desinteresada de los montañeses

---

<sup>75</sup> *Peñas arriba*, p. 322.

<sup>76</sup> *Peñas arriba*, p. 333.

por otro lado. Si tenemos en cuenta los pleitos y las pequeñas riñas intrigantes evocados por Pereda en algún cuadro o novela corta de años atrás,<sup>77</sup> percibimos en seguida que la imagen que Marcelo se ha formado de los montañeses es distinta, un poco idealista quizás, aunque no debemos olvidar lo que nota Marcelo respecto a la recaudación de alquileres. Pero en honor a la verdad, el escarmiento de Marcelo y su perspectiva halagüeña de una sociedad más práctica y más humanitaria en la Montaña tiene la finalidad de funcionar como precursores de su primera experiencia de la muerte. Nunca antes ha estado cara a cara con la muerte, y de un golpe Pereda nos lo presenta más maduro de edad y más preocupado por la humanidad que le rodea. Súbitamente la vida en la Montaña se le antoja más auténtica, más significativa y más profundamente humana que la vida de la capital. Todo lo que representa Madrid, antes tan poderosamente atrayente para Marcelo, se esfuma en lontananza, al paso que en ninguna otra etapa de la novela parece tan real ni tan permanente la vida en esta remota comunidad montañesa. Hasta cierto punto, pues, cabe sugerir que el clímax de la novela no es, propiamente dicho, el clímax de la cuestión de corte y aldea, y que en este momento el tema de la vuelta a la tierra natal prepondera sobre el tema de la vuelta a la naturaleza. Marcelo se identifica ahora más completamente que nunca con la Montaña, sus gentes y sus tradiciones, pero al hacerlo se aleja de los puntos de consulta del conflicto, ya establecidos antes, y cuando Pereda permite que entren en juego de nuevo, al fin de la novela, vemos que vuelve a emplear el escamoteo que observamos antes.

Al morirse don Celso asume su reponsabilidad y su papel social Marcelo, y los tablanqueses le aceptan a éste como el próximo dinasta en una línea previsiblemente finita, porque, pese a las alusiones constantes de Pereda al «mal nuevo»<sup>78</sup> y

---

<sup>77</sup> Por ejemplo, «Suum cuique» (*Escenas montañesas*), *Blasones y talegas* (*Tipos y paisajes*) y *Los hombres de pro*.

<sup>78</sup> *Peñas arriba*, pp. 443-444.

sus contrataques en pro de la conservación de las comunidades rurales, la más fuerte impresión de todas al fin de la novela es que la tradición de don Celso y de los patriarcas rurales como él tiene los días contados. Y no es que Pereda aparente darse cuenta de que la tradición es un anacronismo —como ocurre con Hardy, por ejemplo— aunque tal conclusión parece denotarse implícitamente en la misma tenacidad de la lucha de don Celso y don Angel de los Ríos por defender y preservar su independencia tradicional. La fuerza de su preocupación postula lo grave y lo arrinconada de su situación. No se trata del problema de don Robustiano en *Blasones y talegas* —una falta de recursos económicos que se soluciona por una transigencia intranquila con la pequeña burguesía adinerada (y hasta cierto punto se ve aquí que el sistema está amenazado en el «hidalgo de gotera» individual)— sino de un viraje en el pensamiento social que habrá de afectar a los campesinos acostumbrados a la dirección y la protección del patriarca del mismo modo que a éste. Dejando a un lado lo insatisfactorio de la tesis, cabe asegurar que lo que Montesinos calificó de «novela idilio» sigue rigiendo todavía en *Peñas arriba*; el idilio aquí es el aplazamiento del problema social, o quizás la incapacidad por reconocerlo como tal o en toda su gravedad.

Penetramos más en la motivación psicológica de Marcelo, viendo cómo él se ve a sí mismo y cómo se sitúa con relación al tema de corte y aldea, en uno de los momentos infrecuentes de conversación entre Marcelo y Lituca. Marcelo se esfuerza por llegar a una decisión respecto a su vida en el porvenir, y también por sondear la relación entre Lituca y Neluco. Propone a Lituca la hipótesis de que distintos tipos sociales vengán a pedir su mano —el «labriego humilde», el «hidalguete de gotera», el «hacendado toscano», el «abogadillo de pocos pleitos» y el señorito de ciudad, «con todas las tentaciones del lujo y del esplendor»,<sup>79</sup>— y que tiene ella que escoger entre ellos. No hace elección alguna, pero ineludiblemente identifica

---

<sup>79</sup> *Peñas arriba*, pp. 443-444.

el lector a Marcelo entre estos pretendientes. Y siendo así surge una contradicción implícita en la situación, ya que Marcelo es un converso en parte —sin duda ha dejado de ser el típico señorito de la ciudad— en el momento de hacer la pregunta. Se nos da a entender que el destino del valle y de una tradición y un estilo de vida depende de la respuesta de Lituca, y no obstante, puesto que la novela en su totalidad sólo adquiere su significación más amplia en la elaboración de la tesis y su vinculación con el protagonista, parecería una exageración gratuita y un falseamiento de los propósitos del novelista representar a Lituca como el factor determinante en la decisión de Marcelo.

Una explicación de esta confusión de influencias y de motivación es que Pereda habría podido dar semejante papel a Lituca, respecto a su influjo sobre Marcelo y sobre la tesis, con la intención de aplacar a aquellos críticos que antes habían comentado desfavorablemente la preponderancia del paisaje y del medio ambiente en sus novelas, e igualmente la función tenue del elemento humano y la intriga amorosa.<sup>80</sup> Parece Pereda formular el problema demasiado sencillamente: si el lector no se convence por la tesis seguramente le convencerá la influencia de Lituca sobre Marcelo. Pero lo problemático para el lector es que Pereda mantiene entre los dos elementos una línea de demarcación rígida; nunca alcanzamos a ver los dos elementos obrando juntamente en sus emociones y su sensibilidad, y casi, o sin casi, es dable acusarle de hacer apuestas compensatorias.

Además, y fuertemente vinculado con lo que acabamos de notar, tenemos el carácter insatisfactorio de cómo Pereda organiza el elemento Lituca. Se quiere hacernos creer que es

---

<sup>80</sup> Ejemplo conocidísimo es el de Luis Alfonso en *La Epoca* (20 de junio 1891) con referencia a *Al primer vuelo* (1891), quien llamó la atención al «paisaje sin figuras, al cual no le faltaría nada si no le sobrara fondo». «Clarín» señaló mucho antes el poco éxito de Pereda al describir los «amores de los señoritos», frente al logro considerable de su manejo de los «amores de los criados» en *De tal palo, tal astilla*, en *El Imparcial* (19 de abril, 1880) y después en *Solos* (1881).

ella responsable de la decisión final de Marcelo de optar por la Montaña —por mucho que apunte la tesis hacia esta finalidad—, pero como nota Montesinos:

...no convence porque no se la ve, porque toda Lituca se reduce a una serie de referencias que a menudo son vaguedades convencionales y suenan terriblemente a falso... ¡Qué ocasión perdida de hacer algo nuevo y valiente en la psicología amorosa — o de suprimir el idilio si no se tenía el valor de bucear hasta el fondo! Porque tales como son los amores del protagonista no explican nada, antes perturban la comprensión de su espíritu.

A la Lita real, a la que pudo contribuir poderosamente a la transformación y salvación del héroe, se la escamotea, cuando no era permisible hacerlo. No basta que el narrador diga que tenía 'unas aficiones, unas delicadezas de sentido y un alcance de vista en la hondura de las cosas, aunque tratadas medio en chanza y a la ligera, que solamente las concebía yo en las inteligencias muy cultivadas'. No podemos creerlo bajo palabra... En los fragmentos de diálogo que se transcriben no se echa de ver más que bastedad, ¿Se trata de una señorita? ¿Es una labradora? ¡Por qué alardea de esto si es aquello? Hay veces en que impresiona como un ser no mucho más selecto que Pilara —pero Marcelo no está en las circunstancias del Josco, y el secreto del atractivo que Lita ejerce sobre él se nos escapa nuevamente.<sup>81</sup>

Si la influencia de Lituca en la conversión y la decisión final de Marcelo parece sospechosamente movidiza, porque es ambigua o porque se representa sólo superficialmente, cabe decir asimismo que sale igualmente malparada la tesis propiamente dicha, y la psicología de Marcelo en especial. Están presentes todos los ingredientes para una conversión convincente, pero no son consecuentes, ni tampoco presentan un caso razonado de acuerdo con lo que sabemos de la educación y del temperamento de Marcelo. Si hay algo de escamoteo en el caso de Lituca también es admisible percibirlo en el propio Marcelo, por las razones que subrayamos antes. Debido a la presentación de distintas etapas en la conversión de Marcelo

---

<sup>81</sup> *Pereda o la novela idilio*, pp. 259-260.

sin la necesaria evolución psicológica subyacente para explicar las etapas, no hay posibilidad de que la tesis ocupe su deseado puesto como núcleo o centro organizador del libro. Por un lado es sofocada por el consabido impulso costumbrista de Pereda, y por otro lado fracasa por cuanto deja sin el debido despliegue la motivación psicológica de Marcelo, el único factor capaz de hacer vivir al protagonista como encarnación de la tesis.

Los últimos cuatro capítulos, sin tomar en cuenta el último de todos que escribe Marcelo retrospectivamente unos años después, están ocupados con atar cabos para reconciliar los elementos dispares. Cuando Marcelo recibe en la Casona a la nobleza montañesa en el capítulo XXX echamos de ver que ya ha asumido la manera de ser y las responsabilidades del patriarca rural. Pero al quedarse Marcelo solo otra vez en la Casona empiezan a destacar nuevamente los puntos principales del conflicto. Se renueva la tesis, y con los mismos puntos de consulta que en los primeros capítulos salvo que ahora hay que tomar en cuenta la muerte de don Celso y el cargo consecuente, junto con la influencia de Lituca. A Marcelo le acomete de súbito un vivo deseo de escaparse del ambiente triste de la Casona, impulso que, como dice Marcelo, «...iba desbaratando por momentos la obra de mi aclimatación»,<sup>82</sup> y que se trastrueca hábilmente en una prueba crítica de su lealtad verdadera.

El antiguo cortesano, casi prendido ya en las redes sutiles de la Montaña, decide ahora emprender la vuelta, largamente aplazada, a la corte. Lo que hubiera podido ser el clímax apropiado de la tesis parece en cambio hueco y artificial. Marcelo obra por pura fórmula al dejar transparentar que se siente molesto en Madrid, recordándonos aquel desmañado don Silvestre Seturas de «Suum cuique» (*Escenas mantañesas*), pero un paralelo más valedero es el de Clym en *La vuelta a la tierra natal*; Marcelo, como Clym, ha pasado por las fases de encaprichamiento y hastío en su actitud hacia la corte,

---

<sup>82</sup> Peñas arriba, p. 467.

pero sentimos ahora que la suerte está echada y que sólo obra a beneficio del lector. Aprecia todavía el bienestar material y la conversación de la sociedad madrileña, pero el bullicio de las muchedumbres, la estrechez de las calles, la lejanía del cielo y la impureza de la atmósfera, todo contribuye a su descontento, aunque surge un desasosiego más radical de sus reflexiones sobre su misión en la vida, motivadas éstas por una observación de Neluco:

Cada vez que salía de casa o asistía a un espectáculo, siempre, en fin, que me veía envuelto en los oleajes del mar de transeúntes o de espectadores, me acordaba del dicho de Neluco y me preguntaba a mí propio: ¿Qué soy yo, qué represento, qué papel hago, qué pito toco en medio de esas masas de gente? ¿Para qué demonios sirven en el mundo los hombres que, como yo, se han pasado la vida como las bestias libres, sin otra ocupación que la de regalarse el cuerpo? ¿Quién los conoce, quién los estima, quién llorará mañana su muerte ni notará su falta en el montón, ni será capaz de descubrir la huella de su paso por la tierra? ¿Y para eso, para vivir y acabar como las bestias, soy hombre y libre y mozo y rico? ¿No sería una mala vergüenza una vida y una muerte así? Y me iba con el pensamiento a las agrestes soledades de Tablanca, donde no existía un desocupado, ni un egoísta, ni un descreído, y había yo visto morir a mi tío abrazado a la cruz entre las bendiciones y las lágrimas de todo el pueblo. Esto sería triste y *oscuro* ante la consideración de un elegante despreocupado; pero era luminoso y grande a los ojos del buen sentido y de la conciencia sana. Quedábame algunas veces, sin embargo, la duda de si estas reflexiones eran legítimas o directamente nacidas de la observación serena y desinteresada, o venían impuestas por la idea de mi adquirido compromiso, ineludible ya; pero la verdad es que aquellas ideas se desvanecían fácilmente, y que cada día que pasaba me era menos agradable el desairado papel de comparsa anónimo que había hecho yo en el montón decorativo de esa incesante farsa de la vida.<sup>83</sup>

---

<sup>83</sup> *Peñas arriba*, pp. 501-502. El punto de vista del Pereda de *Peñas arriba* ha evolucionado algo desde «Suum cuique» o *Pedro Sánchez*, pero no mucho. El Pereda que se quejaba epistolariamente de «esa pluviosa e insípida Montaña» no percibe en 1894 los matices intermedios

Marcelo rechaza la capital y todo lo que representa, no por capricho sino después de reflexionar pausadamente, y lo hace entre los alicientes de la corte, antes tan tentadores para él. La vuelta a la Montaña, a la tierra natal y a la naturaleza juntamente, simboliza la regeneración espiritual de Marcelo y su vuelta a una vida nueva y trascendente, según la ve el autor. En este punto se impone nuevamente la comparación con Levin y con Clym.

En los momentos finales de *Ana Karenina* la vuelta a la naturaleza y los ideales pedagógicos de Levin quedan superados por el impulso visionario que le comunica Platón. La cuestión de corte y aldea se resuelve en la transmisión de una interpretación sencilla y sabia, digamos «platónica», de la vida. Los ejemplos que influyen poderosamente en la decisión de Marcelo provienen de don Celso, don Sabas, Neluco y don Angel de los Ríos, y, lejos de ser una verdad comunicada rápidamente, abarcan un aprendizaje detenido en el saber popular, la caza, la economía agrícola, el tiempo, el habla montañesa y un catolicismo tosco pero eficaz que se aproxima al misticismo en el contexto de la naturaleza y el paisaje de la Montaña. Pero la extensión de su aprendizaje acarrea indefectiblemente y de por sí su superficialidad. Se revelan al lector y a Marcelo los mentados aspectos de la vida montañesa, y le vemos a Marcelo en contacto con ellos, pero sin profundizar y sin la experiencia práctica que tan patentemente se

---

en la cuestión de corte y aldea; no concibe que entre el vigor moral de la Montaña y la corrupción de Madrid pudiera haber montañeses apáticos y degenerados y madrileños de moralidad e ideales sanos. Entre los tablanqueses no se ven los problemas sociales que pintara Pereda en *Escenas montañesas* o *Don Gonzalo*... Si pensamos que *Peñas arriba* se sitúa en 1870 o muy cerca (ver Cossío, «La historicidad de *Peñas arriba*», *BBMP*, XV, 1933, pp. 108-121) quizás sea admisible ver en la ideología de Pereda en 1894 algo de las circunstancias socio-históricas de su primera visita a Tudanca. Esta falta de matices se patentiza, como se sabe, en el Discurso de Pereda ante la Real Academia y también en la correspondencia Pereda-Galdós a raíz de *Gloria*. Ver también Montesinos, *Pereda o la novela idilio*, pp. 243-244.

denota en los casos de don Celso y don Angel de los Ríos. Levin, por el contrario, siega el prado al lado de sus labriegos; escribe por extenso sobre la relación entre propietario y campesino, experimenta con los nuevos usos y la maquinaria agrícolas; y sale del crisol hecho un hombre completo, o por lo menos más maduro y más vivo en todos los sentidos, sólo después de sentir la influencia de Platón, el catalizador. Cuando Marcelo hace sus declaraciones extáticas al fin del capítulo XXXIII y en un párrafo del capítulo XXXIV el lector no ha visto nada en su actitud hacia la Montaña —paisaje, paisanaje, costumbres rurales, el agro, etc.— que no le merezca bien la etiqueta de diletante culto. «De tal palo, tal astilla» reza el decir; Levin es hijo novelesco de Tolstoi, y Marcelo de Pereda, y al mismo tiempo Tolstoi es Levin y Pereda es Marcelo en muchos aspectos, pero bien se echa de ver que el diletantismo de Marcelo respecto al lado práctico de las faenas y la vida campestre sólo le viene en parte de su educación cosmopolita. Semejante diletantismo impide que la vuelta final de Marcelo a la tierra, imprescindible para rematar la tesis, infunda grandes esperanzas para su continuación del patriarcalismo rural.<sup>84</sup>

En el caso de Clym Yeobright vimos que al hombre ya crecido, a pesar de su anhelo profundo por «volver» a su tierra y a la naturaleza, y también pese a su conocimiento del brezal, no le fue posible identificarse ni hacerse uno con el brezal como en su mocedad. Las acreciones de la civilización, la sensibilidad aumentada del antiguo cosmopolita y la conciencia de haber salido una vez de su tierra, el brezal, en busca de otros horizontes y otras posibilidades, si bien no pueden impedir su vuelta física, se erigen en una barrera infranqueable para su vuelta simbólica. No puede convivir con

---

<sup>84</sup> Ver sobre todo el excelente trabajo de Jean le Bouill, «El propietario ilustrado o patriarca en la obra de Pereda (Un ejemplo de las relaciones entre contexto histórico y ficción literaria en la segunda mitad del siglo XIX)», en *La cuestión agraria en la España contemporánea*, Edicusa, Madrid, 1976, pp. 311-328.

el brezal ni entre sus prójimos al nivel de ellos, que es lo que anhela, lo cual impide que se realicen plenamente sus proyectos pedagógicos. La diferencia de niveles culturales sólo le permite, finalmente, «volver» a una vida de paria en el margen del paisanaje y de la burguesía. El brezal se yergue íntegro e inmutable al final, como en su descripción inicial, al paso que el hombre se desvanece, o en el caso de Clym se adapta a un nivel de comunicación en que pueden perdonarse compasivamente el fracaso y la excentricidad.

Hasta cierto punto, pues, *La vuelta a la tierra natal* tiene que ver con la imposibilidad de revivir el tiempo pasado de acuerdo con nuestra memoria, la imposibilidad de aspirar de nuevo la fragancia del vaso, como dijo Azorín, casi tanto como se aplica a los temas de la vuelta a la tierra y a la naturaleza. Pero principalmente, y con mayor perspectiva, se trata de las modificaciones socio-culturales y las normas de conducta individuales y colectivas,<sup>85</sup> como ocurre con todas las novelas de Hardy.

En este aspecto, en parte, es en el que parece flaquear la novela de Pereda; por lo menos es motivo de que el lector se sienta a veces molesto, como si no pudiera orientarse en términos behaviorísticos en la comunidad que observa y crea el novelista. Al paso que Hardy refleja y estudia ciertos problemas sociales e individuales que provienen de diferencias de clase, de educación y de experiencia de la vida, y relaciona estos problemas y el fondo cultural con los temas de la vuelta a la tierra natal y la vuelta a la naturaleza, Pereda en cambio, en tanto que percibe tales problemas, los trata muy superficialmente. Se comunican uno con otro Marcelo y Chisco, Marcelo y Lituca, Marcelo y don Celso, sólo de una manera rudimentaria e irreal, sin que su contacto dé pie a la percepción de desavenencias sociales tales como se encuentran a cada

---

<sup>85</sup> Tenga presente el lector el largo pasaje que citamos antes del artículo de Raymond Williams, «Thomas Hardy», *Critical Quarterly* (invierno, 1964) pp. 341-351.

paso en Hardy, ni se sitúen con la debida precisión en el grupo social a que aparentan pertenecer. La insatisfacción de Montesinos respecto a Lituca desde este punto de vista —«¿Se trata de una señorita? ¿Es una labradora?»— puede aplicarse en menor grado a otros personajes peredianos, pero ha de considerarse como un factor solamente en la incapacidad del novelista para trazar y pormenorizar las transformaciones y las modificaciones sociales contra un fondo de normas tradicionales y con límites temporales fijados. El estudio de «la destrucción de la vieja cultura rural»<sup>86</sup> —la esfera específica en que se desarrolla la novelística de Hardy— puede verse retrospectivamente como el asunto a que Pereda hubiera debido aplicarse en *Peñas arriba*, pero el largo aplazamiento de la decisión de Marcelo y la ventilación excesiva del empuje costumbrista estorban efectivamente semejante potencialidad.

Se han comentado aquí tres interpretaciones novelísticas de un tema, o más bien de dos temas de vinculación tan íntima que se traslapan una y otra vez —la vuelta a la naturaleza y la vuelta a la tierra natal—, que empieza a destacar como preocupación social, y por tanto literaria, en el último tercio del siglo XIX, pero que se había dejado ver anteriormente como topos común en la literatura europea. Huelga señalar que semejantes temas se manifiestan literaria y socialmente en forma cíclica, y que tienden a imponerse más hacia el apogeo y el subsecuente decaimiento de un período de desarrollo económico intenso. La periodicidad literaria del tema depende más de este último factor,<sup>87</sup> según parece, que de las modas culturales. En los tres casos que hemos estudiado pueden considerarse como influencia de primera importancia las repercusiones de la revolución industrial por cuanto atañe a la desaparición de la antigua cultura rural. Cada novelista presenta un protagonista desilusionado con la moderna sociedad

---

<sup>86</sup> Emplea la frase Arnald Kettle en «Hardy the Novelist: a Reconsideración», en *The Nineteenth Century Novel* (Critical Essays and Documents), selección de Arnold Kettle, Heinemann, 1972, p. 267.

<sup>87</sup> Se trata en Williams, *The Country and the City*, cit., passim.

cosmopolita, como síntoma de sus males y de sus necesidades espirituales e ideológicas. La oportunidad de situar la novela de Pereda dentro de una tradición europea nos ha permitido acercarnos a los puntos problemáticos de *Peñas arriba* desde unos ángulos de enfoque distintos, y es de esperar que abran éstos a su vez una perspectiva más amplia respecto al protagonista como encarnación del tema y también respecto a las finalidades y el éxito de la novela.\*

ANTHONY H. CLARKE  
University of Birmingham

---

\* Este artículo sirvió de base para una ponencia menos extensa que se leyó en el Coloquio Internacional de Literatura Hispánica celebrado en Santander en septiembre de 1981. Deseo manifestar mi gratitud a mis colegas, Miss Gillian Weston, que leyó y comentó sagazmente la versión original en inglés, y D. José M.<sup>a</sup> García Lorca, que corrigió algunos puntos dudosos y aclaró varias ambigüedades en castellano.

